NOTA A LA F.DICIóN

En la presente edición reproducimos el texto de la oribinal (Madrid, Sucesores de Plernando, 1910), ofreciendo en mota la información relativa a la publicación de los respectivos capítulos en forma de artículo. Por su escasa entidad, hemos preferido no dar cuenta de las mínimas vaciantes textuales que se dan entre una y otra versión.

AGRADECIMIENTOS

El autos- de esta edición quiere manifestar su agradecimiento a D. Manuel Ciges Martínez por su ayuda y amabilidad a lo largo de todo el proceso de edición; a D. Antonio Ramírez Alrnanza por el interés y apoyo prestado en todo momento al proyecto; a D. Luis Gómez Ganseco por sus sabios consejos, y, finalmente, a Mercedes Guinea Ulecia, por su paciencia y apoyo incondicional.

1.

LA CALIFORNIA DEL COBRE

El Gibraltar minero'

F`a s un espíritu batallador y romarrtico el que conmigo departe a la puerta de un café cuando la noche va bien mediada. Acostunibrado a contemplar cara a cara los peligros, mira recto y rrte. Su palabra vibra en la penumbra con plenitud y confianza.

- ¿A láiotirnto? ¿Quiere usted ir a Riotinto?... Tenga cuidado; sea prudente. Cualquier indiscreción le haría perder- el viaje. La vigilancia siempre ha sido activa; pero desde el último hundimiento se. ha extremado con el forastero' . Pregunte poco. Escuche y observe. De nadie se fíe. Al ver a un extraño, no faltará quien le brinde amistad. Si le halagan y sonríen, desconfíe más; allí todos dependen de la Compañía y desearán explorar sus intenciones. Si de usted recelan, si creen que es usted periodista, le expul=sarán al momento.

- ¿Y sus amigos`? ¿No podría recomendarme a ellos?

Medita un momento, y dice:

- ¿A quién? Son muchos los que protestan; pero me fío de pocos. Ni siquiera éstos tienen confianza en sus compañeros. Si le recomendase a alguno de los buenos, no escaparía a la mirada

'~ Publicado en El *Mando, 6-8-1908,* con el título «En la zona minera. 11n viaje a Riotinto. En Huelva»; reimpreso por El *Socialista, 20-11-1908.*

(1) 1,a expresión ha sido utilizada -extrapolándola a un contexto más amplio y sin ninguna alusión a Ciges- por A. Gómez Mendoza, El *«Gibraltar económico». Franco y Riotinto, 1936-1954,* Madrid, Civitas, 1994.

(2) *Se* refiere al hundimiento del 11 de enero de 1908. Véanse apéndices.

de los espías -calcúlense en cuatro mil o cinco mil los que la Corrtpañía estimula-, y corno más o ¡llenos pronto se ha de saber que era usted periodista, el duro Virgilio que le sirviese de guía en aquel infierno, sería perseguido, él y toda su familia'. Sí, señor; la Compañía es dura e implacable, y sus golpes nadie puede pararlos. Un plazo de tres horas concede al minero gtte expulsa. A1 que persiste en quedar, le arrojan por la violencia fuera de la región minera}. España sólo ejerce en Riotinto nom¡nal imperio: suelo y subsuelo, hombres y cosas, las autoridades mismas, dependen de los ingleses'. ¿Comprende ya la dificultad de recoger informes en aquel sitio?

- Ya lo comprendo.

(3) La comparación del viaje a la cuenca minera con la visión del infierno (1e Dante en compañía de Virgilio se repetirá a lo largo de ioda la obra, mostrándose con especial claridad en el primer capítulo («La engañosa apariencia») (le la segunda parte, que toma su título («La ciudad doliente») precisamente del Canto 111 del Infierno de la *Divina Comedia.* Además, con la alusión a Dante, Ciges no hace sino anticipar la estructura dialogal de la mayor parte del libro, que Alonso ha vinculado C4)n la técnica del reportaje (le Azorín en *Andalucía trcig¡ca* y de la que este mismo capítulo inicial es una muestra.

(4) A la política ele vigilancia y represión ele la Compañía alude asimismo en su autobiografía el dirigente sindical Félix Lunar, A *cielo abierto (De Riotinto a No¡ teaméric a),* ¦920. Ed. de José Antonio 1Vusñiz Carrasco Y .losé Juan de Paz Sánchez, Asociación Cultural Senabra/Ayuntamiento de Aroche, 1991, p.209.

(5) En realidad, en la Ley de ventas de las Reales Minas de Río Tinto sólo se habla de la venta «del suelo y del sobresuelo». La coincidencia (le la extensión de las Reales Minas con el conjunto del municipio de Minas de Riotinto, segregado en 1841 del de Zalamea la Real, equivalía en la práctica a la compra de todo un término municipal, y, por, tanto, de un «pueblo» como tal, pues la propiedad privada sería absorbida poco a poco por la Compañía, según señala más adelante el propio Ciges. Todo ello, junto al control político de las autoridades españolas locales y nacionales contribuía, sin duda, a fomentar la imagen de un enclave inglés políticamente independiente.

– ¡Si pudiese acompañarle! Pero es inútil pensar en esto. No llegaríamos a las minas. Ni siquiera a vista de pájaro podría usted contemplar las calles hundidas.

Sonríe con leve complacencia y prosigue:

- ¡Mentira parece que una Compañía tan omnipotente tema a un pobre diablo como yo! Si rae viesen sacar billete, telegrafiarían al director (le Riotinto, y tenga la seguridad de que no llegaríarnos.

- ¿Le lían expulsado alguna vez?

-Varias. Un día me condujeron entre carabinas a la estación algunas parejas de «guardiñas» ' (Pronto conocerá usted a los «guardiñas»). Mi último viaje ni siquiera pude rematarlo. En la estación telegrafiaron rni salida, y al llegar a la de Manantiales' dijéronme que no podía pasar adelante. Protesté, y mis palabras se las llevó el viento. Si vuelvo a protestar, donde voy es a la cárcel. Detrás del tren que me conducía llegó otro de tráfico; quitáronle las vagonetas, enlazaron a la locomotora un coche de primera, metiéronme en él, y pidiendo vía libre me llevaron hasta el empalme de Niebla en una carrera loca, silbando y rugiendo la máquina, y temiendo yo que en cada curva del camino quedásemos aplastados. Desde entonces, es inútil que pretenda ir a Riotinto.

- ¿Y liarían lo mismo conmigo?

que daría lugar a expresiones como «Gibraltar minero». Véase Luis Gil Varón, «Las luchas obreras en Río Tinto», En Seis *estudios sobre el proletariado andaluz,* Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1984, pp. 131.

(6) Sobre los «guardiñas», véase el capítulo Xl.

(7) Apeadero de cruce de la vía general del ferrocarril Riotinto-Huelva situado a cuarenta y siete kilómetros de la capital.

(8) Desde 1898, la estación de Las Mallas, en Niebla, comunicaba el ferrocarril de Riotinto con el de Sevilla-Huelva, razón por la que Ciges alude repetidamente a Niebla como «frontera» ferroviaria del territorio controlado por la Compañía.

– ?,Por qué no? ¿Quién había de impedirlo? Si en Huelva le reconociesen y sospechasen el motivo de su viaje, no llegaría al término.

- ¿Y si es en Riotinto donde me reconocen`?

- Le llamará el alcalde y le dirá: «La Compañía vería con gusto que saliera usted de las ruinas...»

- Y yo me negaría t salir.

- Sería igual.

- ¿Apelarían a la violencia'?

- Si saben que lo envía un periódico se guardarán mucho. Probablenicnte, le llevarán al despacho del director: «¿Qué dinero necesita?», le dirán.

- ¡Así!...

-Así. Creen en lar omnipotencia del dinero, y se figuran que la visita de un periodista no reconoce otro motivo que la falta de dinero. Es natural; ¡son tantos!... Hasta se han fundado periodiquillos sólo para explotar a la Enipresa'.

- ¿Es que a todos alcanzan sus dádivas?

– leo; sólo teme a la Prensa de Madrid. Cuando hace poco se

(9) No resulta fácil determinar el objetivo de la denuncia de Ciges contra la Prensa onubense, ni deslindar hasta qué punto las denuncias publicadas en esa misma prensa respondían a motivaciones exclusivamente económicas. Sobre la prensa crítica con la Compañía véase el relato que hace Félix Lunar (cti. oil., pp. 213-216) de sus ensayos periodísticos ele aquellos años, con relbrencias a los periódicos *La Marselle.s a y l a I•'r·oaíercr*, de Nova., y I?l Obrero, de Calañas. Sobre la prensa de la t época, véanse los estudios al respecto de María Antonia Peña Guerrero, *La provincia de r°luelva en lc',s ,srglo.s* XIX Y XX. Vol. 1 V de EV *tiempo y /cr.s .fnerzte•.s de su tneraoria.* HisIOI -1ci *moderna Y contemporánea ele la provincia de Huelva,* Huelva, Diputación Provincial, 1995, y El *sistema caciyuil en la provincia de Huelva. Clase política y partidos (1898-1923),* Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1993.

La experiencia de Ciges en la prensa madrileña quedará relatada en fragmentos como el siguiente de El libro de *la decadencia. Del periódico v la política* Ed. de Cecilio Alonso, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia/Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985, p. 218:

- ¿Pero qué le sucede?

presentó en las minas el director de un periodiquillo de ésos, él de la Compañía lo entregó a una pareja de «guardifias» para que lo embarcase en el primer tren, y que lo arrojase en Niebla. El pobre hombre ¡ba tan exhausto, que pidió las pesetas necesarias para sacar billete en el Empalme, y ni siquiera para billete le dieron... Sin embargo, la Compañía es muy espléndida, y nada escatima cuando el dar vale la pena. Dígole, pues, que si le conocen le ofrecerán dinero. En usted está aceptarlo o rechazarlo. Con dinero o sin él, festejado o conducido entre « guardiñas», saldrá en. el primer tren, si no es que previenen uno para que le transporte al Empalme en veloz carrera.

- Es raro que a usted no le hayan ofrecido...

- Le diré. He procurado eludir las ocasiones. Frecuentemente es el alcalde -empleado siempre de la Compañía- el que se encarga de esos tratos`). Cuando los obreros aún estaban organizados, fui a celebrar un mitin". El alcalde m.e faruó amistosarrlente a su

– ¿Qué ha de sucederme?... ¡Que esto es una cueva de ladrones!... ¡Que en esta casa no se respeta nada ni a nadie a trueque de obtener *el* dinero!... ¡Que un día se hace chantage con el artículo de un colaborador generoso y al día siguiente con los míos!... (...)

- pues yo juraría...

-No Juro. Anteanoche rnismo *hubo chaniage...* ¡Anteanoche!... Los representantes del trust azucarero entregaron dos ni¡¡ pesetas...

(10) Sobre la vinculación entre *lit* Compañía y las autoridades locales véase Nl' Antonia Peña Guerrero «Caciquismo y Poder Empresarial. El papel político; de las compañías mineras en la provincia de Huelva (1898-1923)», *Tr-occrdero,* n° 5, 1993, 299-324, y David Avery, *Nunca en el crzrrtplecrFUps de la Reina Vicloriu. Historia ele leas minas de liio Tinto, Barcelona,* Labor, 1985, pp. 248-250 y 277-303.

(111) De la escasa organización del movimiento obrero en la zona minera hacia 1908 da cuenta. el ya citado relato de í el ix Lunar. En ese sentido, la llegada de Lunar a Riotinto «en las postrimerías del año 1908» *(ed. cit.,* p. 20"7), después, por tanto, de la visita de Ciges, contribuirá precisamente a reactivar el movimiento sindical en la zona. Sobre la organización del tszovimiento obrero en las minas véase el capítulo XIV.

casa, pero ene negué a acudir, invitándole a conferenciar en el Centro obrero. El alcalde acudió. Yo tuve buen cuidado de no estar solo, y al encontrarse ante testigos, el representante de la autoridad y de la Compañía se limitó a hablarme de cosas indiferentes... No rne han ofrecido dinero; pero por no aceptarlo rne hacen el daño que pueden.

- ¿Se le ocurre darme algún nuevo consejo?

-Sí; el últinno. Absténgase de llevar ntáquinafotográfica. Los lugares hundidos están bien vigilados, y por todas partes verá guardias y «guardiñas». Si intentase sacar alguna vista le ronipcrían la máquina. Es orden severa del director. Usted podría solicitar luego que le indemnizasen del daño. No le regatearían, esté seguro. Pagaríanle doble, triple de lo que el aparato valiese, y en seguida le conducirían a Niebla...

11*

Camino de Riotinto

a Compañía de 1Ziotinto tiene un ferrocarril que pone a las minas en comunicación con Huelva`.

El tren va a salir de esta ciudad y he de darme prisa. Cuando quiero pasar al andén, me detiene un hombre:

- El billete...

Lleva sable, escarapela en el sombrero, y sobre las rojas solapas de la chaqueta relucen unas letras mayúsculas: en la solapa derecha, C.; en la izquierda, R. T. Es un «guardiña»'3. A su lado,

Publicado en *El Mundo, 7-8-1908,* con el título «Un viaje a las minas. Camino de Riotinto»; reimpreso por El *Socialista, 20-11-1908, y por El Motín, 18-2.-1909.*

(12) Sobre los distintos datos que se dan en el texto en relación con el ferrocarril de Riotinto, véanse Alan Sewelt, *The Río Tinto Railway,* Brithton, Plateway Press, *1991;* Peter Allen y Robert Wheeler, *Vapor en lee Sierra (Steam on the Sierra),* Madrid, Aldaba Ediciones, *1987, José L.* García Mateo, *El Ferrocarril de Riotinto. Material Móvil,* Huelva, Consejería de Cultura-Delegación Provincial/Riotinto, Asociación de Amigos del Ferrocarril «Cuenca Minera de Riotinto», *1999;* Antonio Perejil Delay, *Ferrocarriles Mineros de la Provincia de Huelva,* Riotinto, Asociación de Amigos del Ferrocarril «Cuenca Minera de Riotinto», *1995;* Miguel González Vílchez, *Historia de la Arquitectura Inglesa en la Provincia de Huelva,* Sevilla, Universidad de Sevilla/Diputación Provincial de Huelva, *1981, pp. 27-69.*

(13) Siglas de la Rio *Tinto Company.*

apoyada en la pared, está la carabina. !Mientras taladra el billete me lanza rana ojeada investigadora, .y pregunta:

- ¿Viajante?

Viajante de Sevilla.

M ¡entras, el tren parte, en el andén forman corros algLtnos viajeros. Son i—nineros, gente sórdida, de trajes, 'nanchados y color cobrizo. Sus pupilas tienen poca vida. Secos son sus cucs-pos, y sus, srtanos cuelgan con pesadez de piedra.

Un tren cargado de mineral entra en agujas y se para al lado. El nuestro sale, corre silbando por los campos., llega a una estación, l uegia a otra, la tercera sucede. La parada cn cada estación es desesperante. 1 lay dtse dejar paso a, los trenes cargados ele mineral que vienen de p¡ofnto. Dicen que cada media hora sale uno. El sol, esitretanio, reverbera en los caanpos pajizos y hace en los cocl'les sudar a ralas-es. La gente bala para refrescar las fat€ces con algunos sorbos chic toma en una pipa i-ezusnailte. De cuando en cuando pasa un manco o algún cojo, víctima de las minas y empleado ese la estación. Modos los guarda-agujas que cl curioso viajero ve son inválidos. Aburridos e indiferentes, lo,, «guardissas» descansan sobre las carabinas.

Más larga que en las otras estaciones es la parada en Niebla. Las portezuelas se abren, y los viajeros bajan al andén a fumar y a beber. lee un departamento próximo descienden dos trabajadores con la cabeza vendada. Dentro quedan otros. Curiosamente asomo la cabeza, y el prinnero que veo es un joven con las piernas cortadas.

El tren va a salir. Los viajeros vuelven a su asiento y el silbato rasga los aires. Me lhe descuidado; el convoy se pone en rriarcha. Una voz grita:

- ¡Que se queda en tierra!

Salto al estribo, abro una portezuela, y me encuentro en el departamento de los mineros heridos. Son seis: el joven sin pierras, los dos vendados, otro que al descubrirse ostenta enorme ci ~atriz donde el sacerdote su tonsura, otro que asegura tener inútil

el brazo izquierdo, y el último, de veintidós años, curado ya de la herida que en la espalda le produjo la caída de un liso" en la contramina".

- ¿lee dónde vienen? -les pregunto.

- Del hospital de Iduelva- responde el más próximo.

- ¿Tan lejos les llevan?

-Allí pasamos la convalecencia. El hospital de Riotinto está siempre lleno, y para dejar camas a los recién heridos hay que trasladar a los convalecientes".

- ¿'Todos los días hay heridos?

- Todos.

- ¿Como cuántos?

- ¡Quién sabe!... Eso va a rachas. Este trimestre último no ha sido de los peores. Ayer dijeron en el hospital de Huelva que los accidentes apenas habían pasado de cuatrocientos".

- ¿,Y les parecen pocos?

- ¡Pchs!... Verá usted; esto es una guerra sorda; vamos cayendo sin que nadie se entere.

- ¿Les tratan bien en el hospital?

-- No podemos quejarnos. En el de Riotinto hay dos señoras

(14) Cara plana y extensa de una roca.

(15) Galería subterránea.

(16) Sobre la la siniestralidad y los problemas sanitarios de Riotinto véase Juan Saldaña Manzanas, *La organización. sanitaria en las minas de Riotinto,* Huelva, Universidad de Huelva, 1996; M° Dolores Ferrero Blanco, «Mortalidad y morbilidad en Riotinto: 1873-189%, *Memoria del I Congreso Nacional sobre la cuenca minera de Riotinto,* Riotinto, Ayuntamiento de Riotinto, 1988, pp. 617-637; David Avery, op. cit., pp. 242-250; Miguel González Vílehez, op. *cit.,pp.* 108-109, y Carlos Arenas Posadas, *Empresa, mercados, mina y mineros.* Rio Tinto, 1873-1936, Huelva, Universidad de Huelva, 1999, pp, 218-220.

(17) Según Arenas Posadas (op. *cit., p.* 219), entre 1891 y 1907 los accidentes laborales en las minas pasaron de 230 a 1000 anuales.

inglesas que son verdaderas madres. Hasta nos piden perdón a los heridos, creyendo molestarnos con sus muchos cuidados' 1.

-¿Y los médicos?

- Superiores. A l**a Compañía no le conviene tenerlos malos, porque prolongarían nuestra estancia en los hospitales, y mientras izan de abonarnos medio jornal... Además, como son médicos que se pasan la vida cortando carnes y serrando huesos..."**

Y volviéndome al joven de las piernas cortadas, le pregunto:

- ¿Cómo le ocurrió el accidente?

El medio hombre nic contesta:

- ¡COnlo a otros muchos! Yo era guardairerno, y los guardafrenos estamos muy expuestos. Tenernos que ir entre los vagones en marcha, hemos de saltar de unos a otros, e ir con los pies en los topes mientras los trenes corren. Fíjese cuando pase algún tren cargado de mineral. Sólo vera dos o tres guardafrenos. Creo que el reglamento de minas ordena que haya uno por cada cinco vagones. No estoy seguro; pero, sea como quiera, resultamos pocos. A veces unen a la máquina 30, 40 vagonetas; el camino tiene muchas curvas y cuestas; un descuido, cualquier accidente, lanza al guardafreno entre las ruedas. Aquí me tiene a mí, ¡dos meses hace! Las ruedas nie pasaron por encima y me dejaron sin piernas. ¡**A los diez y nueve años!** 2°

Y dirigiéndome al otro joven, le pregunto:

(18) Podría relerirse a cualquiera de las enfermeras mencionadas por Avery en su estudio (p. 244), aunque por las fechas y por la opinión que se expresa sobre ellas es probable que al menos una de las aludidas sea la conocida como Mi-s. Ferrier, que trabajó en el hospital de Riotinto entre 1891 y 1919.

(19) La subordinación del Servicio Médico de Riotinto a los intereses de la Compañía ha sido subrayada por Arenas Posadas, quien ofrece el dato de la reducción de la media de días por obrero enfermo en el hospital de 22,5 en 1898 a 12,5 en 1908 tras la promulgación de la Ley de Accidentes Laborales de 1901, que establecía el pago de medio jornal a los trabajadores accidentados (op. cit., p.221).

(20) Véase capítulo IX.

– ¿Qué edad?

– Veintidós- dice con acento gallego.

- ¿Y qué le ha ocurrido?

-Iba empujando una vagoneta en la contramina. Al lado estaba éste. (Éste es el de la horrible tonsura). De pronto cayó un bloque sobre mi espalda que me aplastó contra la vagoneta... y ya no sé más, porque perdí el sentido.

- Ni yo tampoco -dijo el otro-. Si **cae un segundo antes, me aplasta la cabeza. No hizo más que rozarme, y vea...**

Se quita el chapeo y muestra su cabeza, coronada por la gran cicatriz rojiza. Sin duda no es muy agradable mi gesto, porque tino de los dos vendados dice riendo:

- ¡Pues si viese mi herida! ... Yo he sufrido la trepanación. Me falta un pedazo

Y **el otro vendado agrega:**

-Peor lo pasó mi compañero, que nos espera en el otro mundo.

- ¿Murió? -le digo.

- Sí; pero no en seguida. **Estaba «saneando» en una galería, y de pronto se hundió el techo** 2'. A **mí me alcanzó una piedra; a él le cogió debajo un montón de escombros de varias toneladas. Sólo la cabeza quedó visible. Acudieron hombres con palancas y extrajeron el cuerpo, que estaba hecho una masa de sangre, de carne y de huesos triturados. ¡Y vea usted, caballero! Por la noche decía que sólo la cabeza le hacía daño... Ala mañana siguiente feneció.**

En **estas dulces pláticas se para el tren.**

- ¿Qué estación? -pregunto.

- Piemos llegado a Riotinto.

El joven gallego baja primero. El de la cabeza trepanada coge al otro joven mutilado y lo levanta en vilo. El de abajo alarga el brazo derecho y lo pasa por entre los dos restos de piernas y se pone en marcha.

(21) Sobre las labores de saneamiento y los riesgos de los trabajadores véase capítulo X.

– ¡Paso! ¡Paso!- grita a los que en el andén obstruyen el camino.

La gente se desvía y mira con indiferencia al pedazo de hombre que cabalga sobre el brazo del minero. Sin duda está acostumbrada a presenciar tales espectáculos.

Al término del andén hay una escalera de piedra que el joven asciende ligeramente, sin sentir la fatiga de su carga. Entonces recuerdo una frase que para ponderar la fuerza de estos hombres oí en Huelva:

- Cada dedo es un garfio, y la mano entera, si hace presa en un cuello, es como un dogal.

Por fortuna, todavía no se han enterado de que, al remate de cada brazo les cuelga una horca.

111'

La obra de la codiiega

¡ hotel que la Compañía instaló en Riotinto para alojar gratis a las autoridades y personas de significación-por 15 pesetas al desconocido-- lo pulverizó el hundimiento. La fonda que en ¡mportancia le seguía está cuarteada, y ningún forastero se atreve a correr el riesgo de morir aplastado'-2.

* Publicado en El *Mundo,* 9-8-1908, con el título «Un viaje a las minas. La obra de la codicia»; reimpreso por El Socialista, 27-11-1908, y por *El Motín,* 25-2-1909.

(22) El conjunto del capítulo es una descripción de los efectos de los hundimientos producidos en Riotinto el 11 de enero de 1908 como consecuencia de la explotación en el Filón Sur, que, como señala González Vílchez (op. (:ií., p. 87), había obligado a proteger con barandillas algunas calles del pueblo próximas a la corta. En realidad, como indica Arenas Posadas (op. *cit..,* pp. 87 y 92) los hundimientos habían venido produciéndose desde 1902, obligando a la Compañía a desalojar algunos barrios y a acelerar el proyecto de traslado del pueblo, pero el riesgo había aumentado considerablemente con la introducción en 1900 del procedimiento de trinchera y relleno *(stopping and.filling)* consistente en la extracción masiva del mineral que servía de soporte entre galerías y que era reemplazado después por materiales estériles procedentes del desmonte de las cortas. Una interpretación de los hundimientos como efecto de ese sistema puede verse en el capítulo siguiente, en claro contraste con la versión oficial de la Compañía difundida a través de la prensa local (véanse apéndices), que atribuía los hundimientos a corrimientos de tierra provocados por las lluvias de ese año.

Empleados de la Compañía y viajantes de comercio tienen que acomodarse en un modesto albergue, que en otro tiempo apenas podría contener media docena de personas. Ni siquiera es raro que el forastero carezca de lecho y tenga que pernoctar en Zalamea la Real. -

Sin quitarme el polvo del camino, ávido de lanzar una rápida mirada al pueblo por si la expulsión llega, salgo a la puerta del modesto albergue. ¿Qué dirección tomar? ¿Dónde están las casas hundidas? Tan grande es el recelo que en Huelva me han infundido, que no me atrevo a preguntar, temiendo suscitar sospechas.

En esta indecisión, reparo en la casa frontera. Estárajada, como si un rayo hubiese descargado su ira sobre ella. Más arriba, formando rincón, hay otra casa fulminada. Doy la vuelta a la calle; recorro dos o tres; cambio de dirección, y en el largo paseo apenas reconozco una docena ele edificios inválidos. Una docena no es cualquier cosa, pero tampoco justifica la alarma de catástrofe que los hundimientos de Riotinto han causado. ¡Cuán fácilmente se exagera! A la decepción de creer frustrado can molesto viaje, sigue el aburrimiento. La calle por donde voy es larga, y las paredes están bien blanqueadas. En el ambiente se respira bienestar y paz. Sólo de tiempo en tiempo altera esta grata quietud los temblorosos silbidos de las locomotoras y los profundos rumores de los trenes que a lo lejos corren.

Como explorador que busca un país ignoto, siento súbito sobresalto al desembocar en una explanada que fue plaza. ¡Esto ya es algo! La inspección es tan rápida, que apenas discierno. Cuatro ojos están fijos en mí. Un «guardiña» y un guarda jurado, que departen sentados en un banco ruinoso, suspenden su charla al notar la presencia de un desconocido. Cansado, sudando a chorros, me siento a su lado y hago abanico del sombrero, indiferente a las ruinas que me rodean. Los dos hombres se levantan y saludan respetuosos. Vuelvo la cabeza para ver al que, saludan, y en una casa próxima entra un raro personaje, alto, flaco, de largo y desaliñado bigote, extrañamente cubierta la cabeza. ¿Es Don Quijote con el yelmo de Mambrino, o algún inglés cubierto de casco bajo? Don Quijote llaman en el pueblo a este inverosímil personaje.

Guarda y «guardiña» se sientan, y más repuesto ya, paseo una mirada en torno. A la derecha está el Ayuntamiento, solitario, herido de muerte por el derrumbe. Al frente, escombros. A la izquierda, casas desoladas, sin puertas ni ventanas, sin techos o con techos derrengados...

Suenan detrás espuelas. Mis vecinos tornan a levantarse y a saludar al que pasa. Miro de soslayo, y vuelvo en seguida la cabeza para que no me reconozca el que yo he reconocido... ¿Qué hará aquí este sujeto?. .. Las dos ínfimas autoridades hablan de él, y de sus palabras infiero que ejerce mando y que vende los empleos.

El «guardiña» se aleja, y el guarda jurado entra en el Ayuntamiento. Solo y a mis anchas, completo la inspección, y tiro por la izquierda, que es donde se presienten las mayores ruinas.

El piso se eleva y se deprime; la furia del pasado cataclismo está bien patente aquí. A una calle derribada sucede otra calle. Ni una casa se ha salvado de la feroz sacudida. Unas son montones de polvo; otras se apoyan desvencijadas sobre las próximas, y la presión que en ellas ejercen las caídas les impide el propio desquiciamiento. La mejor está surcada de anchas grietas, como si la hubieran rajado gigantescos sablazos. El que desee forjarse cabal idea de las históricas ciudades que hoy sólo son ruinas, de Mesina, por ejemplo, estas reliquias le impresionarán con más viveza que los mejores grabados; aquí podrá ver y palpar, y sus pies caminarán sobre montones de piedras, de tejas, de ladrillos, de leños destrozados.

Quiero internarme en las calles destruidas, y por todas partes leo: «Se prohíbe el paso.» La precaución quizá no sea exagerada.. . Allá enfrente, mirando entre los huecos de las casas desoladas se ve un alto monte de ásperas tajaduras. De pronto suena un tremendo estampido, en seguida otro, y otro, y muchos más. El

monte se envuelve en nubes de polvo y humo. A cada detonación, que resuena como la descarga de un obús, el suelo que me sustenta retiembla y las casas se estremecen; y sabiendo que bajo mis pies existe un insondable abismo, temo que el abismo se abra para tragarme por siempre.

Aquellas descargas son barrenos que vuelan el monte. Cuando cesan, y el ánimo se tranquiliza, prosigo in¡ camino a la vera de nuevas calles destruidas. Cruzarlas no es posible. «Se prohabe el paso», rezara los cartelones en lo alto de unos palos que debieron ser vigas de las casas próximas. Deseos de violar la orden no me faltan; pero más allá de los cartelones y las casas, en el límite mismo del pueblo -cuando estas ruinas fueron pueblo-, veo discurrir a guardas y «guardiñas» -los primeros con bandolera y carabina, con carabina y sable los últimos -, que ano atajarán el paso.

Ya he llegado al término de mi paseo. Medio lliotinto está en el suelo. Aunque ahora me expulsen, podré afirmar que la avaricia de una Compañía es la autora de este desastre, que ha dejado en la calle a más de cuatrocientas familias.

¡ Si ahora pudiese desandar lo andado siguiendo otro camino, al pie del abismo, donde antes se erguían los últimos edificios!... Con dificultad avanzo entre montones de escombros, explorando unas veces la ancha sima que se abre a la izquierda, y eludiendo otras la amenaza de las paredes cuarteadas que por la derecha se derrumban. Súbitamente sale de una caseta próxima y viene hacia mí un guarda jurado, con la carabina suspendida del hombro:

- ¿(qué busca aquí?... ¡Fuera en seguida!- grita airado.

Al ver mi gesto de sorpresa, modera el tono.

- ¿Es usted empleado de la Compañía?

– No.

- ¡A ver el pase!

Y **recobrando su tono de imperio, insiste:**

- ¡Pues fuera de aquí pronto!... ¿Se le ha perdido algo? ...

Y **todo corrido tengo que alejarme de aquellos lugares desolados .**

IV"

El hundimiento de tbiotinto

La contemplación de medio Riotinto hundido me ha causado un complejo sentimiento de admiración y tristeza. Viendo tanta ruina hacinada, sólo he pensado en un potente y trágico fenómeno natural, un terremoto o una imprevista depresión del suelo, que ha hecho crujir las casas, bambolear las calles y huir aterradas las gentes.

Pero nada ha ocurrido por obra ineludible de los fenómenos naturales. Todo pudo eludirse. "Todo estaba previsto. **Aquel primer sentimiento de admiración y tristeza que experimenté ante la magnitud de las calles derribadas se transforma en indignación leyendo por la noche una colección de periódicos antiguos.**

Mientras la Compañía inglesa prohibía telegrafiar a los diarios de Madrid, o sólo dejaba circular noticias inexactas; mientras unos periódicos de Huelva callaban los sucesos que en Riotinto ocurrían o les quitaban importancia- ¡y cómo no, si sus redactores eran empleados de la omnipotente Empresa!-", un periodiquito

* Publicado en *El Mundo, 10-8-1908,* con el título «Un viaje a las minas. Cómo se hunde Riotinto»; reimpreso por *El Socialista, 27-11-1908, y* por *El Motín, 4-3-1909.*

(23) Véanse, en los apéndices, la información ofrecida por el diario *La Provincia (1873-1937),* publicación «proclive a los intereses de las compañías mineras» según Peña Guerrero, *La provincia de IInelva... p. 163.*

republicano, *Libertad y Progreso*[24], anunciaba frecuentemente la inminencia de la catástrofe, y la anunciaba con frases reveladoras de la angustia experimentada por el que sabiendo lo que puede ocurrir no ignora que será desoído... Unas veces eran correspondencias de los mineros que habían presenciado parciales derrumbes; otras, exhortaciones al gobernador o a los representantes en Cortes; pero el gobernador nunca hacía caso, y los representantes en Cortes no suelen leer esas humildes hojas.

¿Por qué no se previno el daño? ¿Tratábase, acaso, de vanas aprensiones? Todos sabían -y las altas autoridades de Huelva mejor que nadie- la razón de la catástrofe que fatalmente había de ocurrir, y un minero la resumía en estas frases:

«En su insaciable sed de oro, estos jefes, directores e ingenieros autorizan ú ordenan el arranque o *escualización* de los pies o muros que sostienen los pisos de mineral, rellenándolos de ladrillos o material sin valor monetario, e insuficiente para sostener los pisos de encima; el resultado de estas órdenes es el derrumbamiento del terreno al menor movimiento del mismo, quedando sepultados entre los escombros cuantos seres humanos cogen debajo».

Y añadía valientemente:

«Los ingenieros no saben cumplir con su deber, o no investigan, o son sobornados por el metal que estos esclavos arrancan con sus vidas expuestas.»

Y un día sobrevino lo que ya era inevitable. Faltos de sostén hundiéronse veinte pisos en una contramina, la de San Dioniaio[25].

(24) Dirigido por Cayetano Poyatos, es, según Peña Guerrero, probable continuación del semanario *Libertad (¡Progreso! ¡Trabajo! ¡Moralidad!),* (1901-1902). Se han conservado algunos números del año 1906. Véase Peña Guerrero, «Inventario de Publicaciones Periódicas. Huelva (1898-1923)» en El *sistema eaciquil.., pp.* 173-181.

(25) El hundimiento de San Dionisio tuvo lugar en 1906 y dio lugar al inicio de la explotación de la zona mediante la técnica de corta u *opencast,* consistente en la extracción del mineral a cielo abierto. Véase Arenas Posadas, op. cit. pp. 65 y 84-85.

El terreno, más piadoso que los hombres, estuvo anunciando diez horas su desquiciamiento. Si no, 2.000 seres que en sus entrañas trabajaban afanosamente hubiesen quedado aplastados en una tragedia más espantosa que la de Courriéres[21].

Una semana después otro pedazo de contramina sepultó a un hombre y malhirió a cuatro. Desde entonces raro era el día en que algún ser no dejaba la vida entre los bloques hundidos. Y las autoridades callaron.

La alarma cundió entre la gente. El pueblo estaba asentado sobre la mina misma, y debajo también había arrancado la codicia de la Empresa las robustas pilastras de cobre que lo sostenían. Riotinto iba a hundirse de un momento a otro, pero con premeditación y alevosía..., ¡con premeditación y alevosía de los ingleses, porque el suelo estaba ya. rajado, y aquella pavorosa brecha tuvieron buen cuidado de taparla con cemento para que no la viese el Sr. Dato, presidente del Congreso, en una visita que hizo a las minas! ...[21]

Y comenzó el preludio.

Un día se hundieron veinte casas y quedaron malparadas más de ciento. Las sordas autoridades tampoco oyeron ahora el crujido: ni el gobernador civil, ni el ingeniero jefe de Minas se tomaron la molestia de inquirir la verdad de lo que en Riotinto ocurría. A la gente se le dijo que los hundimientos habían sido determinados por la lluvia[21]; pero la negra grieta, que corría profunda por

(26) El 10 de marzo de 1906, 1100 mineros murieron sepultados en la mina de hulla de Courriéres, en Pais de Calais. Al accidente, el mayor de la historia de la minería, escaparon sólo algunos mineros que se negaron a entrar ante la inquietud que percibieron en los animales de carga.

(27) Presidente del Congreso en 1908 tras su breve paso por la alcaldía de Madrid, Dato tenía reputación de político interesado por los problemas sociales, y a él se debía la Ley de Accidentes de Trabajo de 1900, aunque era, además, asesor jurídico de la casa Rothschiid, accionista mayoritaria de la Rio Tinto Company en 1908.

(28) Véanse apéndices.

los campos y se adentraba en el pueblo, seguía anunciando patentemente lo que aún había de ocurrir.

Y ahora, después de este lúgubre preludio, no era un minero, sino un preso en la cárcel de Huelva, quien se atrevía a escribir lo que todos decían -y aún se dice- en las tertulias de Riotinto y de Huelva:

«Yo, que he vivido en Riotinto y he trabajado en él, sé lo que dentro de él pasa. Allí no hay más ley ni más autoridad que la de los ingleses, y todos los que representan algo están comprados, y no hay nadie que se atreva a cumplir sus deberes, sino lo que les manda el jefe principal de la mina, amo y señor de más de 30.000 habitantes`.

De sobra sabe todo el mundo que los ingenieros no van allá más que cuando tienen hambre de dinero; de sobra sabe todo el mundo que las visitas que allí se hacen no son sino a la casa gran de", donde se dan buenos banquetes; de sobra conoce todo el mundo que los reconocimientos no constituyen más que un entretenimiento; pero aunque todo el mundo sabe eso, nadie lo dice.

«¿Que se han hundido veinte casas?... ¿y qué? ¿Que la causa de ello es la extracción tan enorme de toneladas que diariamente salen de aquellos subterráneos?... ¿y qué? Para eso pagan su tri buto al Gobierno; para eso hacen que la Aduana cobre pingües ganancias. En pagando un tributo se puede hacer todo lo que se quiera, y aunque se abuse descaradamente, no importa un comino.

«¿Qué diablos son veinte casas? ¡Nada! **Donde hay tantísimas, veinte son muy poca cosa, y, por consiguiente, aquí no ha pasado nada. Hasta la Prensa local va en su favor, pues dice que no son**

(29) lee acuerdo con el censo de 1910, la población total de los municipios de Minas de Riotinto, Nerva y Zalamea la Real era de 37.783 habitantes (véase Luis Gil Varón, *Minería y migraciones. Rio Tinto 1873-1973.* Córdoba, Monte de Piedad, 1984, p. 22.

(30) Nombre por el que se conocía la *Managers House,* residencia del detector general de las minas, que más tarde pasaría a denominarse Casa Consejo.

más que seis las casas hundidas, a pesar de saber que son veinte. Riotinto está a punto de perecer; pero, ¿qué diablo importa eso a quien bajo el subsuelo de él ve los filones que se con- vierten en oro?»

Estas cosas se han dicho y se han escrito sin protestas de nadie. Pero, ¿qué aludido osaría protestar?. La gran grieta seguía abierta como una boca del abismo para decir que las autoridades técnicas y las autoridades civiles nada hacían para evitar un desastre mayor.

El desastre sobrevino una noche; pero, como en el de San Dionisio, no fue. súbito. **Las calles temblaron, crujieron, descendieron lentamente, y los moradores pudieron huir...**

¡Si hubiese que sobornar a los políticos!

o que en Riotinto se espera es el hundimiento de la parte que aún queda en pie.

Nadie duda sobre esto. Nadie puede dudar. Después de la grieta que determinó el primer hundimiento han aparecido otras que surcan el suelo en varias direcciones.

¿Cuándo ocurrirá el nuevo desastre? No es fácil decirlo; probablemente cuando sobrevenga un período de pertinaces lluvias. La gente presume que no podrá pasar de entonces. Tan habituada está a tal idea, que espera los sucesos resignadamente. ¡No puede hacer otra cosa! Al hundirse las primeras casas se indignó; los ingleses temieron las iras de la muchedumbre, y no escatimaron las promesas de reparar los daños. Las promesas quedaron en vanas palabras, y Riotinto sigue amenazado de total ruina.

¡En el invierno será!... Pero también pudiera ser antes. Riotinto está colgado sobre un abismo, y no cesa de trepidar. Durante el día, los trenes corren numerosos a su alrededor y los barrenos sacuden con gigantesco impulso los montones circundantes, comunicando sus sacudidas al pueblo. Y durante la noche, cuando todo es paz sobre la tierra y el morador creo poder dormir tranqui-

Publicado en El *Mundo, 12-8-1908,* con el título «Riotinto sobre el abismo. Si llueve se hunde el pueblo» (Reimpreso por El Socialista, 11-11-*1908, y por El Motín, 18-3-1909.*

lo, rumores subterráneos y estremecimientos de terremotos le desvelan. Es que la mina está debajo y en ella excavan centenares de hombres cobrizos, y las descargas de los barrenos eléctricos hacen retemblar las calles, las casas y los lechos. Los ingleses huyeron después del primer hundimiento, y reposan en Bella Vista`, al otro lado de la Mesa` en la linda colonia que erigieron sobre un suelo sólido, donde no podrá llegar la catástrofe. ¿Qué les importa si los españoles quedan una noche sepultados? Después de todo, velar por ellos tenía que ser misión de las autoridades, y éstas siguen sordas...

Y la ruina se hace cada día nlás inminente. Las casas que quedaron cuarteadas reparáronse con cemento para disfrazar las brechas, y siguiéronse habitando por orden de la Compañía o por exigencias de la necesidad de vivir en alguna parte. Pero Riotinto retiembla y cruje de continuo; los remiendos de cemento han caído; las grietas de las casas están otra vez de manifiesto, y cada día se las ve alargarse, ensancharse, amenazar con el desplome y aplastar a los que por falta de sitio tienen que vivir en ellas.

Las heridas por el hundimiento no tienen ya reparo, y las intactas comienzan a cuartearse. Bastaría la trepidación de los barrenos para derribarlas lentamente a todas.

Al pie de Riotinto hay una profunda sima abierta por las extracciones del mineral; en seguida ascienden intrépidos los montes tajados casi verticalmente. Cuando el período de las lluvias llegue, el agua bajará torrentosa por las «cortas», correrá por la sima, pasará a la contramina; que ya está ardiendo desde las lluvias y el derrumbe pasados, esponjará la tierra priWlndola de cohesión, y como los pisos carecen de las fuertes pilastras de cobre

(31) Sobre la construcción del barrio inglés de Eellavista véase González Vílchez, op.cit., pp. 113-134y 205-2.17.

(32) 1Jna de las tres alineaciones de cerros entre los que se extendían las minas, ic mto con el Cerro Colorado y el Corro del Valle. Véase González Vílchez, op.cit, p.71.

que tuvieron antaño, sobrevendrá el último, definitivo e irreparable hundimiento.

Aunque previsto el anterior, la Compañía aún podría disculparse y el gobernador de Huelva admitir como buenas sus disculpas. ¿Cómo justificar ya lo que andando el tiempo ha de suceder? Ahora, ni los mismos ingenieros ingleses ocultan que los restos ingentes de Riotinto caerán pronto. Poco a poco van preparando los ánimos para el futuro hundimiento; pero, para calmar la zozobra, creen que el terreno avisará también. Primero se hundirá un piso, luego otro; las calles se deprimirán, se hundirán dulcemente; gemirán las casas; se abrirán las paredes... y, vestidas o en cueros, como los meses pasados, las gentes podrán huir a los montes próximos.

Pero, ¿será cierto que avisará la catástrofe, como dicen los que, huyendo de ella, se han establecido allende la Mesa en paraje bien seguro? Los que en Riotinto han de vivir piensan de otra manera, y los buenos creyentes procuran que Dios les coja confesados.

Hace tiempo que un ingeniero honrado propuso a la Compañía el desplazamiento de la población, reedificándola en lo alto de la Mesa`; pero esta obra era muy costosa, y la Compañía, que no repara en gastos cuando ha de comprar la conciencia de políticos, de periodistas, de autoridades y de cuantos puedan causarle daño, no estima en nada la vida de los hombres, y siguió arrancando las ricas pilastras de cobre, y dejó que medio Riotinto se hundiera, y consiente ahora que el otro medio se hunda.

Y **nadie protesta.**

Casi toda la Prensa calla. **Telegrafiar a los diarios de Madrid es un delito que cuesta la expulsión de la extensa zona minera.**

(33) En realidad, como señala González Vílchez (op. cit.. 91-92 y 99), la Compañía suspendió el proyecto de edificación en la Mesa (que databa, de hecho, de 1878) por el descubrimiento de mineral de hierro en el subsuelo, lo que dio lugar a la reedificación del pueblo en el área del Valle.

Uno que osó dirigir un telegrama a cierto periódico de Sevilla fué arrastrado por los «guardiñas» hasta la estación y embarcado en el primer tren. ¡Guay del que viviendo en Riotinto o en sus contornos, dondequiera que esta desalmada Compañía ejerza imperio, osase protestar o tomase la iniciativa para una defensa colectiva! É1, sus padres y sus hijos, sus tíos y sus parientes más remotos, tendrían que abandonarlo todo y salir de la región inglesa en el plazo improrrogable de tres horas. En Cuba está, renegando de la glacial crueldad de estos extranjeros, el que, por no obedecer con puntualidad la orden de expulsión, fue castigado hasta en la familia de su novia[34].

Si los de afuera no protestan -todos los que protestaron de Montjuicli y de Alcalá del Valle"-, los de aquí nada podrán hacer, si no es aguardar resignadamente el momento en que Riotinto acabe de hundirse.

(34) La política represiva de la Compañía se agudizaría aún más desde 1908 tras la llegada de Walter Browning a la dirección de la mina, poniéndose de manifiesto en aspectos tales como la creación de la I_abour AvencY, que centralizaba la contratación guiándose en gran mediada por los antecedentes del trabajador, cuidadosamente recogidos por la red de informadores de la que habla Ciges en numerosos pasajes del libro. Véase Arenas Posadas, ol). cit., pp. 129-132.

(35) En los célebres procesos de Montjuich (1896-1897), fueron juzgados más de un centenar de anarquistas por el atentado de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona (6 de junio del 896). Las sospechas de torturas a los detenidos promovieron una amplia protesta internacional y la denuncia en España de los intelectuales del fin de siglo. La rebelión anarquista deAlcalá del Valle (1 de agosto de 1903), menos conocida que los sucesos de Montuich, dio lugar igualmente a una campaña de protesta por las supuestas torturas empleadas por le Guardia Civil en la represión del levantamiento. Véanse, AA VV, El *movimiento obrero en Alcalá del Valle: los sucesos de 1903,* Ronda, Asociación Cultural «El Castillón», 2001 y Marcos José Correa López, «La insurrección de 1903 en Alcalá del Valle», *Papeles de Historia, n°* 3, 1994.

VI

Exposición de agravios

o hay corno preguntar poco y tener alerta el oído para informarse de lo que en Riotinto sucede. El mucho preguntar despierta recelos y obliga a enmudecer; pero como las conversaciones versan en todas partes sobre cosas de la localidad, basta con que el curioso tenga paciencia para satisfacer buenamente sus deseos. Las frases de protesta no tardarán en brotar de los labios, tímidamente al principio, por miedo de que alguno de los infinitos espías denuncie al hablador; franca y audazmente en cuanto los reunidos hacen confesión de sus agravios. Milagro será que irritación tan concentrada no estalle algún día con la fuerza de un barreno.

En la fonda se va a comer.

Viajantes de comercio y empleados de las minas empiezan a sentarse en torno de la mesa. Los primeros manifiestan el descontento de quien ve quebrado su negocio. Los últimos deploran el desarreglo doméstico sobrevenido con el hundimiento y el doble gasto que les ha aportado: ellos, teniendo que pagar hospedaje en Riotinto, y sus familias dispersas por otros pueblos... De pronto suspende sus quejas un empleado y mira con recelo:

Publicado en *El Mundo,* 15-8-1908, con el título «Lo que se habla en Riotinto. Exposición de agravios»; reimpreso por *El Socialista,* 11-12-1908, y por El Motín., 25-3-1909.

– ¿Escribe usted en periódicos? -me dice.

Sobrecogido por la inesperada pregunta, estoy a punto de delatarme.

- Escribí hace años..., cuando empecé la carrera... ¿Por qué lo pregunta?

- Se ha dicho en las oficinas de la Compañía que un periódico de Madi-id iba a enviar un re- dactor... El redactor número mil, porque todo es venir periodistas, y no decir palabra... ¡Como usted no parece viajante...!

- En efecto; soy abogado.

- ¿Abogado?... ¿Y qué negocio le trae por aquí?

- Ninguno. 1-le hecho una excursión por Andalucía y voy a Portugal para pasar el verano. Encontrándome en Huelva, no quise proseguir el viaje sin visitar a la California del cobre, que tanto da que hablar`.

Admitida mi disculpa, vuelve a generalizarse la charla, y la exposición de agravios ya no cesa mientras dura la comida. Ninguna promesa hecha por los representantes de la Compañía al ocurrir la catástrofe y estar encendida la ira ha tenido cabal cumplimiento. Los dueños de casas pidieron fuertes indemnizaciones por los daños sufridos, pero a mucho pedir... La Empresa enviaba a subordinados suyos para que evaluasen los edificios hundidos, y en lo que ellos los tasaban -mucho menos del justo valor- eso mismo abonaba ella. En vano era que los damnificados clamasen que sus casas valían más`.

El director se encogía fríamente de hombros, y recomendaba que quien no estuviese conforme reclamase ante los Tribunales. ¡A los Tribunales! Quizás alguno hubiese osado acudir a ellos,[0] pero la amenaza que tan bien sometido tiene al minero, pesa sobre los demás. El que protesta contra la Compañía tiene que salir

(36) La expresión alude a la fiebre minera desatada en el estado norteamericano a partir del descubrimiento de oro en 1848.

(37) Véanse apéndices.

con su familia, hasta sus más lejanos parientes, de la vasta región donde los ingleses ejercen despótico imperio. Así no hay clase independiente en Riotinto: los pocos individuos que vivían con las pingües rentas de sus casas y que por no ejercer cargo de la Compañía pudieran parecer autónomos, no lo eran en realidad bnás que los otros, pues si ellos no, algún allegado era, trabajador, capataz, contratista o empleado, y la venganza que en ellos se realiza, se alcanzaría también a sus deudos... Propietario ha habido que reputaban de rico por la renta de sus veinte casas, y al fulminarlas todas el hundimiento se ha visto que su capital consistía en el puñado de cuartos con que le indemnizó la Compañía. El destino de su hijo y de otros parientes le compensa de la falta. ¿Reclamar ante los Tribunales? La influencia de los enemigos es tanta, que sobre perder los empleos, teme perder el tiempo y el dinero que le queda... Pero éste todavía ha cobrado; otros...

- ¿Se ha fijado en la casa de enfrente?- me pregunta uno.

- Sí; aanenaza inminente ruina. Es una temeridad vivir en ella.

- Pues por dentro está peor. Los puntales han evitado su derrumbamiento; pero no haya miedo, se derrumbará. Los dueños, que la habitan, han querido trasladarse; pero en Riotinto no hay cuarto desalquilado. flan dicho a la Compañía que la justiprecie y tome posesión de ella, para marcharse con el dinero lejos de esta tierra... La Compañía les dice. desdeñosa que sigan habitándola o que se instalen en lo ancho del campo si tanto temen el morir vestidos...

- ¿Y se resignan?

-Tienen que resignarse, lo mismo que el vecino de más arriba, el de la casa que hace rincón. En peores condiciones se halla ésta; pero como pertenece a la Compañía, para retrasar algún tiempo la caída ha exigido a un modesto empleado que desaloje la casa donde vivía en lo alto de la Mesa y que se instale en la ruinosa.

- Pero eso es inhumano.

- ¡Bah!... Estos ingleses son así. Nos tratan como a seres inferiores y nuestras vidas poco les importa. Están acostumbrados a

matar hombres en las horribles contraminas, y no van a sentir escrúpulos por algunos muertos más o menos.

- ¿Y no hay defensa?

- Ninguna absolutamente. Aquí todos tenemos que tascas· el freno o abandonar nuestra manera de vivir y marcharnos lejos; pero esto no es fácil cuando se tiene familia. Mejor que nosotros podrían resistir los comerciantes, y éstos también tienen que callar. Al que protestase le declararían el *boycottage,* como ya ha ocurrido; los ingenieros se entenderían con los capataces, éstos amenazarían con la expulsión al minero que comprase en el comercio proscripto, y su ruina sería súbita.

-Aunque por otros caminos, a eso mismo se va-murmura un viajante-. Los almacenes de la Compañía hacen a los demás establecimientos una guerra implacable. Aquéllos compran al contado, no tienen que pagar subidos alquileres; y exigen que todos los empleados se surtan de ellos. Dentro de poco, sólo la Compañía podrá vender".

-¿También con el hundimiento sufriría el comercio?-me atrevo a preguntar.

- ¡Figúrese!... Hubo que amontonar los géneros en la calle, arrendar estrechos locales a precios exorbitantes y atestarlos de cualquier manera. Por falta de sitio muchos artículos se estropearon, y otros están hacinados sin poderse exponer al comprador. También la Compañía sufrió la ruina de sus almacenes, instalados en la planta baja del Ayuntamiento; pero como para ella no hay

(38) Arenas Posadas ha estudiado el monopolio comercial de la Compañía en Riotinto, ejercido a través del Store 2 o almacén general, demostrando en su estudio (pp. 209-236) sobre lo ya expuesto por Charles Harvey *(The Rio Tinto Conipany,* Penzance, Alison Hodge, 1979, pp. 129-131) que el paternalismo de la compañía en esos y otros terrenos escondía en realidad, como revelaban ya a Ciges sus confidentes, un indisimulado interés por asegurarse un flujo de ingresos complementarios (bien en efectivo o por la vía del ahorro en los salarios) a los de la propia actividad minera.

dificultades, mandó construir en seguida un soberbio edificio, donde todo lo tiene en orden, mientras los géneros del comercio ajeno se pudren...

Otro viajante le interrumpe burlón:

-Perdone usted, compañero... Ya sabrá que la Compañía mostró interés por un cliente nuestro.

- Es verdad; pero corno es un desagradecido, anda ahora empeñado en un pleito con la Compañía. Es el único que se ha atrevido contra ella...

Como muestro alguna curiosidad por conocer el caso, el viajante dice, y los demás asienten con la cabeza:

- Tan segura está la Compañía de hacer su capricho, que ni siquiera respeta el domicilio ajeno. El establecimiento de nuestro cliente quedó tan malparado en el hundimiento, que cerró sus puertas. El director de la Compañía dispuso entonces que por una ventana se sacasen los géneros y se trasladasen a sus almacenes...

- ¿Sin permiso del dueño? ...

- Sin permiso de nadie. El dueño protestó al ver que le vendían sus géneros. El director dijo a los dependientes que les fijasen precio -como se había hecho antes con las casas-, y las cuentas fueron tan galanas, que nuestro cliente no quiso aceptar las escasas monedas que le ofrecían. «¡Pues que acuda a los Tribunales!», dijo el soberbio representante de la Compañía`. Y como el caso es tan grave, que los Tribunales no podrán por menos de reconocer la evidencia, a ellos ha acudido nuestro amigo en busca de reparación... Siendo usted abogado, quizás conozca al defensor.

- ¿Cómo se llama?

- Menéndez Pallarés[40].

- Le conozco bastante.

(39) Véanse apéndices.

(40) Emilio Menéndez Pallarés, jurista y dirigente histórico del republicanismo español, fue diputado por Valencia en las legislaturas de 1903-1905 y 1905-1907 y asimismo Gran Maestre del Gran Oriente Español entre 1901 y 1904.

– Dicen que tiene talento.
- Es verdad.
Un empleado interviene ahora con sonrisa escéptica:
- ¿Y vergüenza?
- También.
- ¿Cree usted que no se venderá a la Compartía?
- ¿Menéndez Pallarés?... Imposible...
Creo que en los fijos del empleado brilla un relámpago de alegría.

VIV`

El Éxodo

enajenar el Estado las minas de Riotinto, la Compañia inglesa se encontró dueña del suelo y del subsuelo. Los propietarios de casas sólo lo eran de los materiales con que estaban erigidas. Si la usura del tiempo arruinaba alguna, ya no podía reerigirse sin el permiso de los extranjeros, que lo otorgaban a condición de poder incautarse de ella en cualquier momento, sin abonar más que el coste estricto¢'.

Estos permisos eran tan limitados, que se referían casi exclusivamente a los antiguos solares. En lo alto de la Mesa, en el Valle, dondequiera que podían construirse núcleos urbanos, la Compañía se negaba a conceder terrenos, y sólo ella edificaba los conocidos «cuarteles» obreros, calles rectas y monótonas compuestas de casas bajas y uniformes, pequeñas, mezquinas, sin corra-

Publicado en El *Mundo, 17-8-1908,* con el título «La California del cobre. El éxodo forzoso»; reimpreso por El Socialista, *18-í2-1908, y* por El Motín, *1-4-1909.*

(41) La política de construcción y adjudicación de viviendas ha sido estudiada, junto con los abastecimientos, desde una perspectiva favorable a la empresa por Avery, *op.cit, pp. 235-237, y,* en sus aspectos arquitectónicos y urbanísticos, por González Vílchez, op. cit., pp. *91-113,* estaba concebida, según ha puesto de relieve Arenas Posadas (op. cit, pp. *213-214),* como un mecanismo más de recuperación del coste de los salarios. Para los términos de la Ley de venta de las Reales Minas véase nota *5.*

les, sin retretes, sin higiene, donde las familias se hacinan... Como estos barrios aún eran insuficientes para contener la afluencia de trabajadores, los pueblos próximos donde la Compañía aún no ha podido tomar total posesión del suelo -aunque haga lo posible por adquirirlo- se han ensanchado notablemente: Naya, Zalamea la Real, Campillos, Nerva, están llenos de obreros, que todos los días han de acudir a Riotinto para reanudar sus tareas, y retornar a ellos paso a paso -si no quieren pagar billete de tren- cuando sus cuerpos están abrumados por el brutal trabajo de la corta o de la contramina 4'-.

Figúrese ahora el apacible burgués las molestias, trastornos e innumerables daños que en tales condiciones de habitabilidad había de producir cl hundimiento de medio Riotinto. Las casas que que daron salvas acabaron de atestarse, y la gente sin hogar se despa-rramó por los pueblos próximos, hasta no quedar habitación va-cía. Los alquileres, altísimos antes del hundimiento, duplicaron su valor de un solo golpe. El obrero madrileño, que protesta del casero por cobrarle 10 ó 15 pesetas mensuales, no sabe que su humilde cuarto le costaría 25 ó 30 en Riotinto o Nerva. Las fami-lias han tenido que escindirse; los individuos que por razón del cargo tienen que vivir junto a las minas han ingresado en otras familias, y el resto ha huido a distantes pueblos, donde no alcanza la tiranía de la Empresa explotadora ni el inaudito encarecimiento de la vida: a La Palma, a Niebla, a la misma Huelva... ¿Qué suce-derá cuando el otro medio Riotinto se hunda?

(42) Sobre los procesos de poblamiento del territorio minero y sus repercusio-nes urbanísticas, véanse Arenas Posadas, op. cit., pp. 115-118, Avery, op. cit., pp. 115-118, 229-231, Rosario Márquez Macías y Pablo Tornero Ti najero, «Minería, población y sociedad en la provincia de Huelva (1840-1900), Huelva en su Historia 2, 379-413, y en especial los estudios de Luis Gil Varón, Minería y migraciones. Rio Tinto 1873-1973, Córdoba, Monte de Piedad, 1984 y «Ocupación colonial del espacio urbano de Riotinto», en Memoria del 1 Congreso Nacional sobre la cuenca minera de Riotinto,Huelva, Ayuntamiento de Riotinto, 1988, pp. 787-813.

La Compañía fué larga en promesas al ocurrir el desastre. Temía que el primer estallido de las iras populares vengase en sus representantes las ignominias soportadas durante muchos años. Entre esas promesas figuraba la pronta erección de casas nuevas. No permitiendo a los demás que las construyesen, es natural que las levantase ella. Desde entonces ha aumentado con cincuenta humildes moradas, que sólo alquila a mineros, el número de sus edificios. ¡Cincuenta barracas! Nada.

«¡No hay en Riotinto peones ni oficiales para más!», suelen decir los empleados de la Compañía, ingleses y españoles «inglesados», más aborrecidos que los ingleses mismos. Y si se les replica: «¿Y no acudirían si se les llamase para levantar en la Mesa el pueblo nuevo?», responden invariablemente: «Sí; pero la Compañía no tiene costumbre de despedir jamás a los trabajado-res que llama. ¿Qué haría de tantos albañiles cuando terminasen las obras?»

Y **con tan gentil reparo deja que Riotinto se raje y bambolee, y que el día menos pensado se lo trague el abismo.**

Pero no es tan fútil pretexto lo que la detiene. Todos sus actos los inspira un diabólico espíritu, que disfraza cautamente para mejor realizar sus fines. Fría, impasiblemente, contemplará el se gundo hundimiento, y nada le importará las vidas que cueste, si logra, en cambio, que en Riotinto no penetren grandes masas de elementos extraños, que pudieran dejar levaduras de rebeldía en aquellos millares de trabajadores reducidos a servidumbre por el terror, por la ignorancia, por los mortíferos humos que todo lo agotan, por el alcohol y por el durísimo trabajo". Gran miedo

(43) Félix Lunar (op. cit., pp. 206-207) alude así a la desconfianza de la Com-pañía frente a los trabajadores foráneos: «Las minas de Riotinto, en aquel tiempo, eran un coto cerrado. No se admitía a ningún hombre que llegase de fuera (...) Sólo una puerta teníamos los extraños, para entrar: los con-

tiene la Compañía que de ella se hable -de ella y de sus inmoralidades-; pero cree que todos sus abusos los dejará impunes el torrente de oro que por ocultos cauces derrama y las ricas acciones liberadas que están en poder de altísimas personas. Gran miedo siente que de ella se hable; pero terne más que se hable a los miperos que duermen... ¡Cuando el dormido despierte!..." ¿No ha habido ocasión, cuando los veinte pisos de San Dionisio se hundieron, en que estos hombres de dedos como garfios y manos como dogales sintieran despertárseles la ira y amenazar con hundir en el infierno de la mina a sus despóticos señores? ...

La Compañía no quiere llevar obreros que levanten un pueblo miedo, previniendo así la futura catástrofe, porque la estancia temporal en Iliotinto de unos hombres sobre los que no podría ejercer un tiránico imperio, sólo perjuicios había de causarle en su comunicación con la masa servil. Todo forastero huelga allí. Hasta al simple turista sólo se le enseña lo pintoresco y curioso; lo horrible jamás lo ve, y si lo horrible puede saltar- a la vista, se cubre con cemento. Los representantes de la Compañía -auxiliados por 400 guardas y «guardiñas»-y los mineros son los únicos que dentro de un ario quedarán allí. El que no mande o no obedezca, sólo puede ser un testigo importuno, que estorba y que conviene alejar. Si es industrial, se le hace una guerra ruinosa; si quiere construir casas, no se le permite; si protesta, se le encarcela y se le expulsa; si acude de afuera a predicar fraternidad y mutua ayuda entre los hombres cobrizos, se le detiene en el camino, se le mete en un tren, y pidiendo vía libre se le devuelve por donde ha venido.

tratistas (...) Estos contratistas tenían la facultad de adrlntir los trabajadores que querían. Y, trabajando unos días con un contratista, se conseguía transferencia para la mina».

(44) Referencia a la obra de 1-1. G. Wells, *When the Sleeper Wakes (1899).*

VIII*

El suicida sublime

- ¿Qué se le ha perdido por aquí?
- Nada.
- Es la segunda vez que le encuentro curioseando...

El gesto agrio del guarda y sus grandes voces me desconciertan. No sabiendo qué decirle, le digo una tontería:

- Antes quería ver las calles hundidas, pero ahora sólo me interesan los trabajos de la «corta».
- De la corta, ¿eh?... Márchese pronto y no vuelva por aquí, si no quiere que dé parte al ingeniero...

Con la cabeza baja tengo que desandar lo andado, y no sabiendo adónde encaminar los pasos, tomo por una empinada carretera que, describiendo curvas, sube a la Mesa.

En mitad del camino encuentro a un joven, que al principio me parece mendigo; sus ropas están hechas trizas, y por los grandes agujeros de las alpargatas asoman los pies. Está distraído con templando el continuo ir y venir de los trenes, que por los bancos practicados en las montañas circundantes transportan el mineral de las «cortas». De tiempo en tiempo, el joven se lleva las manos

* Publicado en *El Mundo, 20-8-1908,* con el título «La California del cobre. ¡No hay caridad, señorito!»; reimpreso por *El Socialista, 25-12-1908,* con el título por *El Motín, 8-4-1909, y* parcialmente- con el título «Por no ser fraile ¿Tísico o suicida?» por *El Pueblo, 29-6-1910.*

al pecho, sacudido violentamente por una tos seca, pertinaz y profunda.

- ¡Mala tos!- le digo acercándome.

- ¿Cree usted... ?- me pregunta fatigado y con mortecinos ojos.

- Tiene que curársela.

- Sí; debo de curarme. Este pecho no está bueno.

- Y debe darse prisa.

- ¿Es usted médico, señorito?

- No..., pero entiendo algo de eso.

– ¡Si hubiese sido usted médico, que pudiera mandarme algo!... Hace tiempo que he pensado en presentarme a reconocimiento, pero terno que el doctor me dé de baja y no pueda trabajar.

- Peor será que continúe así.

-Es verdad; ya apenas puedo resistir... ¡Este pecho!... Pero si me dan de baja para el trabajo, la Compañía sólo me abonará medio jornal. ¿Cómo podré arreglármelas con cinco reales y medio?...

-Haciendo un esfuerzo.

-Imposible; tengo que enviar a mi madre la mitad de lo que gano.

- ¿No es usted de aquí?

- Soy de la provincia de Zamora, y la falta de trabajo me obligó a emigrar. En el pueblo ten- go a mi madre que está ciega, y a tres hermanillas que caben bajo un celemín. Si no fuese por mí, se morirían todas o tendrían que pedir limosna. ¡Figúrese si el médico no me deja trabajar!...

- ¿Ha padecido del pecho alguno de su familia?

- Que yo sepa, nadie. Estas malditas minas son las que me han puesto así. Llegué en octubre y estoy ya deshecho.

- ¿Dónde trabaja?

- En la contramina, en el peor sitio. Yo preferiría las doce horas diarias de la corta a la hora y media o dos horas que puedo resistir abajo, en aquel infierno de calor y de humo.

– Dicen que arden las galerías.

- Sí, señor. Desde que ocurrió el hundimiento y entraron las aguas, las masas de cobre están humeando. ¡Si usted pudiera asomarse! Allí sólo se trabaja por contrata y vamos los infelices que no tenemos recomendaciones ni dinero para que los encargados de los trabajos nos destinen a otra faena. ¡No hay hombre que resista sano dos meses; y yo llevo ya cerca de diez!... Da rabia trabajar en aquellas obscuridades, señorito... El humo nos ahoga y parece que se aplasta dentro del pecho. Vamos casi desnudos, y el sudor nos sale a caños. Hay momentos en que la cabeza da vueltas y se siente que va uno a morir: entonces no hay más alivio que llevarse a los labios el botellín de aguardiente con agua que todos bajamos, y seguir trabajando entre el humo apestoso que nos mata. Cada momento nos retiramos unos para salir a respirar, y otros siguen en nuestro puesto. Hay sitios donde apenas podernos resistir un minuto, y si no salimos corriendo, en el segundo minuto caeríamos asfixiados".

- ¿Y cuánto trabajan al día?

- Según el sitio y el estado de la contramina. Yo soy de los que más hacen por resistir; el jornal es pequeño, y como tengo que cuidar de mi madre y hermanas, he de esforzarme en ganar algo más. Muchos días sólo puedo trabajar una hora. Ayer entré a las seis y salí a las siete y media. Hoy no hemos trabajado. El

(45) León y Castro (op. cit., p. 132) alude así a las enfermedades pulmonares causadas por el régimen de trabajo del minero: «Trabaja en una mina mal ventilada, en galerías o frentes de tajo donde la ventilación no llega, donde los polvos y el humo de las lámparas se mascan (valga la frase), y allí trabaja desnudo y cubierto de sudor, y sale de allí para sufrir la acción alternante de bruscos cambios de temperatura, y tiene que subir después de tan ingrata labor cientos de metros de escala para llegar á la superficie, y cansado y maltrecho llega a su casa para continuar al siguiente día sistemáticamente con el mismo trabajo, y por todo este conjunto de hechos se encuentra ya en esta pendiente morbígena reseñada anteriormente, de catarroso, bronquiectásico, enfisematoso y cardíaco».

ingeniero del departamento ha dicho que se suspendieran hoy las tareas, porque las galerías estaban tan llenas de humo que no era posible entrar. Un día más que perdemos el jornal.

- ¿Y por qué no solicita otro trabajo menos rudo?

- ¿Conoce usted alguien a quien recomendarme?

- Soy forastero.

- Entonces todo es inútil. Yo quisiera que me hiciesen barrenero; el trabajo también es duro, pero se -aria algo más. Como tengo que enviar dinero a mi madre, con el resto apenas me queda para comer, y en los nueve largos meses que estoy trabajando, todavía no he podido ahorrar cinco o seis duros para darlos a un capataz y que me traslade de faena.

- ¿También se vende eso?

- ¡Ya lo creo, señorito!... Esta gente no tiene pizca de caridad, y todos son a enriquecerse con el sudor del pobre... (¡Pero ve usted qué tos; parece que me ahoga!...). Si todos pensasen como yo, cualquier día hacíamos una revolución en estas minas... Aquí se vende todo, señorito. Asómese usted a la Casa Grande, donde están las oficinas, y verá un anuncio que dice: «No se admiten trabajadores.» Pues bueno; póngale cinco duros en la mano a cualquier capataz, y al otro día tendrá papeleta admitiéndole en las tareas.

- ¿Y eso lo saben los ingenieros?

- Naturalmente; como que ellos van a la parte.

- ¿Está seguro?

- Entendámonos; no todos. Hay uno que es partidario de que los trabajos se hagan al aire libre, y ése es incapaz de tomar nada de nadie. Pero hay otro... ¡Usted no puede figurarse lo malito que es!.. El día que aquí se arme tina revolución, no le arriendo la ganancia... Nadie le quiere: a todos nos insulta, a todos nos dice animales y que no queremos trabajar... Animales sí que somos; pero que el minero de Riotinto es mal trabajador, eso no lo dice el jefe de los ingenieros, ni ningún empleado, ni nadie más que él... ¡Usted no puede figurarse las cosas sucias que ese hombre hace!

Pregunte usted a cualquier persona del pueblo, y ya verá corno sólo le cuenta horrores. Todas las mujeres malas le conocen, y las recomendaciones que ellas le hacen, siempre las atiende. ¡Cuántos que hoy se enriquecen en las contratas de su departamento lo deben a tener hijas bonitas!... ¿No irrita que los desvergonzados se paseen y tengan dinero, mientras los demás nos vamos quedando a pedazos en las contraminas? ¡Créame usted, señorito, aquí no hay caridad y hace falta una revolución!..

- ¡No se fatigue, que le hace daño!

- Tiene usted razón; esta tos parece que me arranca el pecho... ¿Cree usted que moriré pronto?...

- No es para tanto; pero le conviene visitar al médico.

- Quizá vaya mañana, cuando deje el trabajo; pero aunque me cueste dos pesetas, buscaré a un médico que no sea de la Compañía, y si dice que estoy malo y que no debo seguir trabajando, entonces... entonces... ¿Oye la tos? Parece la voz del minero en lo hondo de una galería.

- ¿Entonces, qué?. ..

- Se lo digo porque es usted forastero y no me denunciará. Yo he recogido esta enfermedad tragando el humo de las teleras[46], y si me muero, la Compañía debe de indemnizarme, porque muero por ella; pero dicen que la ley no la obliga a pagar si el obrero muere de enfermedad, y tendré que. acudir al accidente...

- ¿Cómo?

(46) Con ese nombre se designaba a la calcinación al aire libre de mineral. Como señala Arenas Posadas, pp. 75-78, el procedimiento había sido introducido en 1845 durante la concesión de Gaspar de Remisa y se siguió utilizando al menos hasta 1908, tal como Ciges recoge en sus artículos, llegando a estar instaladas en el conflictivo año de 1888 un total de quinientas. Sobre los efectos medioambientales y sanitarios del procedimiento y las consecuencias políticas de su utilización véase el capítulo XII.

– Al entrar en la contramina me las arreglaré de manera que me aplaste un liso... Así podrá cobrar mi madre la indemnización y no morirse de hambre.

El joven sigue tosiendo ... 41

(47) Las afirmaciones del minero parecen confirmar lo expuesto por Arenas Posadas (op. *cit., pp. 153-154 y* tabla de salarios en p. *165)* quien, de hecho, cita en su estudio el pasaje de Ciges como testimonio de la modali dad salarial «por contratas», que era, según se vio en la cita de Félix Lunar (nota *43),* la única vía de admisión de trabajadores foráneos, como en el caso del minero zamorano retratado en el capítulo. Por lo que se refiere a la política de indemnizaciones y bajas laborales del Departamento Médico de la Compañía, véase asimismo Arenas Posadas op. cit., p. 221-222).

IX*

El tiempo es oro

l espectáculo es imponente y curioso.

Desde la carretera de la Mesa se divisa Riotinto al pie, con sus calles empinadas y tortuosas, con sus centenares de casas derribadas por el pasado hundimiento. Y alrededor de Riotinto, el amplio anfiteatro de montañas que lo rodea aparece cortado, escarpado e inaccesible por unos sitios y tajado en bancos por otros 41. Por estos rellanos van y vienen los trenes, rugiendo, silbando, formando un toldo de humo que tiembla sobre Riotinto. Todo es quietud en el pueblo, y si alguien clama, sus clamores no llegan a las alturas. Todo es movimiento y fragor en torno. A lo lejos se oyen roncas detonaciones, que estremecen los montes, y las locomotoras no dejan de pasar trasudando y silbando.

Un espíritu avizor e inquieto palpita y preside alrededor. Nadie ni nada está quieto. Tiembla sin cesar la montaña, ruedan las piedras, y los hombres, que a distancia parecen pigmeos, suben, bajan, corren, saltan, hacen extraños movimientos.

Allá enfrente, un fragmento de la montaña se ve confusamen-

* Publicado en El *Mundo,* 21-8-1908, con el título «La California del cobre. El tiempo es oro»; reimpreso por El *Motín, 15-4-1909.*

(48) Distintas descripciones del paisaje de las minas de Riotinto pueden encontrarse en González Vílchez, op. cit., *pp. 153-154,* Arenas Posadas, op. cit., *pp. 134-135.*

te desgarrado. Una gigantesca máquina avanza deslizándose sobre unos rieles que el sol poniente dora. Por el opuesto lado se acerca una lustrosa locomotora arrastrando grandes vagones de hierro. Hay momento en que ambos monstruos parecen contemplarse frente a frente. Ruge la máquina, silba la locomotora, y ambas avanzan un poco al borde del abismo. Luego sale un rumor profundo de la gigantesca máquina; se oye sacudir de cadenas, y un largo brazo de hierro terminado por mano descomunal sube y baja arañando en el monte destrozado. Cada vez que la mano sube lleva su buen puñado. Terrible y victoriosa permanece un momento eu alto, se abre pausada, y deja caer su carga en cl primer vagón que sigue a la locomotora. Los bloques resuenan sordos, y el polvo flota en torno. Al tercer puñado el vagón rebosa y las piedras ruedan; algunas rebotan en el banco y descienden como balas al abismo. Grupos de hombres desescombran la vía; la locomotora vuelve a silbar; avanza dos o tres rodadas y otra vez se detiene: el segundo vagón espera su carga. Menos tiempo que en decir esto necesita la gran máquina palera" para llenar los vagones. Al poco el tren está cargado y huye impetuoso por el banco, tan ligero como al ir de vacío. Otro tren llega en seguida y ocupa su puesto en la «corta».

No es fácil contar los trenes que en una sola hora corren por los bancos del amplio anfiteatro. Creo que baja poco de ciento cincuenta las locomotoras que la Compañía de Riotinto tiene para su peculiar servicio. ¡Y cómo se realiza este servicio!... Viendo correr los trenes por estos tortuosos bancos, he pensado en el joven guardafreno de las piernas cortadas que venía de Huelva y en los innumerables cojos que por todas partes se ven sirviendo de guardagujas o destinados por la Compañía a otros menesteres. ¡Lo sorprendente es que el número de víctimas no sea mayor!

(49) Máquina excavadora. Ciges se refiere probablamente a una de las cuatro excavadoras de vapor Bucyrus que la Compañía introdujo en 1907 para la explotación de la corta Atalaya.

El trabajo de estos hombres es terrible y febril. El tren va galopando, y los veo correr al lado; de pronto, dar un salto y afianzarse entre dos vagones; subir a lo alto e ir corriendo de uno a otro apretando o aflojando frenos. Un traspiés, cualquier nimio descuido..., ¡y la muerte súbita! Hay que cerrar los *ojos* para no ver la tragedia que se presiente cuando el tren va en lo más fogoso de la carrera, y ellos entre dos vagones, con los pies en los móviles topes, sufriendo todo el cuerpo las bruscas e incesantes sacudidas del convoy que rueda por las faldas de los montes. ¡Y cuando la máquina va a más de moderada marcha y ellos han de pasar entre una y otra vagoneta, y andando o corriendo, tienen que enlazarlas o desenlazarlas!... En estos peligrosos momentos, como al ir de pie en los inquietos topes, no es extraño que el guardafreno caiga a tierra y que, cuando el tren haya pasado, deje detrás tina masa de sangre, de carne y de huesos.

No es extraño, pero tampoco es lo más frecuente. Lo frecuente es que se pierdan las piernas al poner el tren en marcha. Los vagones carecen de buenos asideros, y un trozo de hierro saliente sirve al guardafreno de estribo. Necesitan estar harto familiarizados con el peligro, tener puños de hierro y un *ojo muy* seguro para no caer al primer intento de asaltar el vagón. Aun así, el accidente es frecuentísimo; la mano que al saltar no se afianza, el pie que no se posa o que resbala, el ojo incierto que no mide con exactitud la distancia, da con el hombre en tierra, medio cuerpo fuera de la vía, el otro medio dentro; centenares de toneladas pasan por encima, y cuando el tren se ha alejado, dentro de la vía quedan dos trozos inertes de hombre, y fuera de ella un trozo que palpita, se revuelve y da alaridos.

- ¡Ellos tienen la culpa! -suelen decir los ingleses y los españoles inglesados-. Se han familiarizado con el peligro y no prestan la debida atención.

¿Pero es que esa atención sostenidísima puede aguantarse durante doce horas? ¿Es que la intensidad de la atención no multiplicaría los casos de accidentes? ¿Es que la precisión de la mira-

da, la agilidad de los nervios, esa maestría en el hacer, se logran sin llegar a un alto grado de automatismo y sin esa inconsciencia que anula la percepción del peligro?..

- 1)e todas maneras -dicen los ingleses y los españoles inglesados-, está prohibido que los guardafrenos tomen los vagones en marcha.

Es verdad: el reglamento lo prohíbe; pero durante doce horas se viola el reglamento en ciento veinticinco o ciento cincuenta trenes que diariamente corren por malas vías en los dominios de la Compañía tronchando piernas y aplastando hombres.

- Si algún ingeniero las viese subir estando el tren en marcha, los castigarla.

Sin duda; estos ingleses saben cubrir las apariencias. Si subiesen o bajasen a dos palmos (le sus narices, los castigarían; pero si median algunos metros, ya no los verán, aunque todo el mundo pueda verlos. Pero es el caso que los guardafrenos dependen del maquinista; si éste hace frecuentes paradas para que los otros realicen en seguro sus trabajos, perderán tiempo y retrasarán el servicio; y como el tiempo es oro para un inglés, y la Compañía no gusta de perder el oro, le dirán por la noche que sólo ha realizado tantos viajes, que es inepto para el servicio, y poniéndole la cuenta en la ruano, le enviarán a su casa.

Esto no conviene al maquinista, y su ideal es imitar a aquel furioso compañero -portugués por más señas- que cada día rnataba a algún hombre lanzando su máquina como una exhalación.

- ¿Hasta cuándo? -le preguntaban a cada accidente.

- Basta que yo mismo me aplaste.

Y un día se aplastó`).

(50) En 1913, el Instituto de Reformas Sociales publicó una *Memoria redactada por la Comisión nombrada por el Instituto para estudiar las condiciones de trabajo en las minas de Riotinto,* en la que se describía así el problema de los accidentes en los trenes: «En primer lugar, el guardafreno va colocado de pie sobre un pequeño estribo del vagón, de forma cuadrada, y

como no hay guardalados ni asidero alguno, el menor descuido al apretar los frenos, un desvanecimiento u otra causa cualquiera, produce la caída del operario y el grave accidente que es su consecuencia. El número y peso de los vagones y el perfil longitudinal de la vía exige, en muchos casos, la acción simultánea de un número de frenos superior al de guardafrenos que suelen llevar los trenes. Esta insuficiencia de personal obliga a estos obreros a atender a más de un vagón, teniendo, a este efecto, que saltar de uno a otro estando el tren en marcha, operación peligrosa, productora de frecuentes accidentes mortales, prohibida en el Reglamento particular de la Compañía, pero que sería más eficazmente evitada disponiendo que los trenes condujesen el número de guardafrenos necesario». Citado por Arenas Posadas, op. cit., p. 177.

X

En la «curta»

1 calor enerva y abruma en Riotinto. Rodeado de montañas que evitan el libre soplo de los vientos, el sol cae como una lluvia de fuego, y las innumerables locomotoras que por el fondo de los abismos, por los bancos de los montes tajados y por todas partes corren transpirando ardores, aumentan la temperatura.

¿Adónde ir sin conocer a nadie, cuando los hombres están todavía en sus oficinas, talleres y trabajos, y no se ve un alma por las calles, y toda la actividad está muerta en el pueblo y difundida. por los alrededores?

A falta de mejor refugio, el curioso viajero tiene que acogerse al Círculo, donde los camareros dormitan. Frente a frente están las calles derribadas; más allá, los hombres trabajan como pig meos en la tareas de la «corta»... Con el silencio ambiente contrastan los ruidos de afuera: los silbatos no dejan de rasgar los aires en todas direcciones; los trenes pasan con el duro sacudimiento de sus férreos vagones, más estrepitosos cuando van vacíos que cargados; por la izquierda llega un persistente martillear sobre cuerpo sonoro; también se oye el rumor de las potentes máquinas paleras cargando el mineral; también otros rumores más

Publicado en El *Mundo, 25-8-1908,* con el título «La California del cobre. En la `corta'»; reimpreso por El *Motín, 22-4-1909.*

profundos, mucho más lejanos, como el detonar constante de una batalla donde sólo jugase la artillería...

En medio de tanto ruido, el Circulo retiembla levemente. Luego aumenta la trepidación, y de la ventana próxima caen sobre mí granos de cal y de arena. ¿Estaré seguro? En el pasado desastre, al Circulo también le tocó lo suyo, y ahora contemplo con recelo la gran grieta que baja por la ventana dividiendo el edificio en dos mitades.

- ¿Por qué retiembla tanto la casa?-pregunto a un camarero que despierta.

- No sé. Quizás barrenos de la contramina.

La casa ha debido de retemblar tanto, que un temblor más no la derribará; pero la prudencia me ordena salir pronto... ¿Adónde voy?... Lo único que a estas horas puede distraerme son los tra bajos de la «corta». Aun a riesgo de que los guardas me expulsen por tercera vez, recorro las calles que desplomó el hundimiento. Allá, al término, junto a la ancha sima abierta para hurtar a la tierra su cobre codiciado, quedan los tristes restos de una casa, y a su sombra encuentro a un hombre tiznado que fuma contemplando a la gente que en la «corta» trabaja. Es un mecánico que espera a la sombra de las ruinas las averías que ocurran en las locomotoras de aquella sección, para ir a repararlas.

- ¿Me permitirá estar aquí?- le pregunto.

- ¡Por mí... ! Tenga cuidado con los guardas... ¿Quiere ver los barrenos?

- ¿Disparan esta tarde?

- Ya no pueden tardar; a las seis.

- ¿Dónde?

- Allí; frente a nosotros.

Durante diez minutos me va explicando hasta dónde llegaba el pueblo años pasados y hasta dónde la montaña que están cortando. Para extraer el mineral fueron derribando casas, y en su lugar ha quedado un gran vacío, la ancha sima que ahora nos separa del monte donde van a disparar los barrenos.

_ Por este sitio- me dice indicando un punto de la sima- ocurrió años pasados una cosa muy graciosa... Ahí había una casa habitada por su propietario. La Compañía quiso comprársela, y él no accedió. Le ofreció doble, y nada... El hombre se empeñaba en que le diesen mucho más... ¿Y sabe usted lo que hizo la Compañía?

-Algún disparate.

- Sí, señor; pero que se lo merecía el otro por ambicioso. La Compañía le cercó la casa por doble vía férrea. Los trenes pasaban cada segundo silbando y abriendo las válvulas al confrontar con ella. Entrar o salir era peligrosísimo, y no había hora en que los chiquillos del dueño no corriesen el riesgo de morir aplastados. El hombre se atemorizó, y a los pocos días quiso enajenar la casa por lo que le habían ofrecido... La compañía se hizo la sueca, y siguió lanzando los trenes alrededor del edificio... El pobre señor creía volverse loco entre tantos peligros y ruidos, que no le dejaban dormir... Pidió lo que estrictamente valiese la casa, y la Compañía siguió sorda, y los trenes rodando y rugiendo y amenazando derribarla con el incesante trepidar. ¡Con treinta mil reales tuvo que conformarse! ¿Qué le parece?

- Que las gasta buenas la Compañía.

- Con ella no se puede jugar... Pues oiga usted lo que hizo con un propagandista que vino de Huelva. Andaba visitando estos lugares con unos amigos, y de pronto, ¡pum!, un barreno como un cañoriazo a pocos metros de distancia... Las piedras volaron por el aire; ellos se arrojaron en tierra, y aun así fue milagro que escapasen ilesos...

En este momento suena un toque de bocina en la montaña frontera.

- Los barrenos van a empezar -me dice el mecánico.

Los hombres que trabajan en los bancos se retiran y esconden en los repliegues y oquedades del monte. La primera detonación suena ronca y se dilata por el espacio, levantando polvo y expul sando una lluvia de piedras. En seguida suena la segunda, y du-

rante algunos minutos sólo se oyen cañonazos ensordecedores que despedazan la montaña y hacen retemblar con violentas sacudidas el lugar donde estamos. Nubes espesas de pólvora y polvo envuelven el monte y ocultan la ancha sima.

- ¿Cuántos han sido? -pregunto a mi compañero.

- Diez y nueve.

- Y tremendos...

- ¡Figúrese!... Como cargados con 75 kilos de pólvora.

- ¿Entre todos?

- Cada uno. Los barrenos los abren de metro y medio de profundidad; los atacan con cartuchos de dinamita, y con un aparato eléctrico los hacen estallar a la vez. La dinamita dilata, pero no rom- pe, y hay que volver a cargar. Los grandes senos que abre aquélla se llenan con pólvora -75 kilos, los que ha oído-, les ponen una mecha, y estos barrenos son los que vuelan el monte.

- ¿Y si la mecha es mala?

- Se corre pronto, y con el monte vuela el hombre que pega fuego a las mechas.

En este momento se acerca len trabajador y dice al mecánico que se ha roto no sé qué tornillo a la máquina palera, y me deja solo.

Allá enfrente vuelve a sonar la bocina, y los trabajadores salen de sus escondites formando en un banco larga fila. La nube de pólvora y polvo se ha disipado, y en el lugar de los barrenos se ven bloques amontonados, paredes desgarradas.

Ahora va a empezar el trabajo de los «saneadores».

Unos hombres desenrollan largas cuerdas y las tienen por un extremo; otros se atan por la cintura y se desprenden monte abajo, apoyándose en las piedras salientes. Con la palanca que llevan en la diestra van derribando las partes de monte resentido que el barreno-no tumbó. Así, colgados sobre el precipicio, suben y bajan, van y vienen, oscilando como péndulos. Hay ocasiones en que una piedra cae de la altura y les destroza la cabeza; hay otras en que la cuerda se rompe, y el péndulo se estrella en el otro banco o baja rebotando 200 metros.

Pero este trabajo es más imponente para el que lo presencia que peligroso para el que lo realiza. Ni siquiera es raro que, en vez de atarse, el trabajador forzudo se líe la cuerda a la mano izquierda, y así se lance en el precipicio. Las piedras desprendidas las elude con suma habilidad, y tiene buen cuidado de que la cuerda sea nueva para no romperse...

Más peligroso es sanear bajo tierra. Los barrenos dejan cuarteado el techo de la galería, y hay momentos en que una piedra desprendida por la palanca arrastra detrás veinte toneladas de es combros. El experto saneador sabe lo que ha de ocurrir, pero, no puede retroceder mejor que el militar ante el enemigo. El techo, para evitar ulteriores accidentes, ha de quedar limpio y bien saneado. El obrero ataca con la palanca; unas veces logra vencer, eludiendo el peligro; otras, el bloque atacado cae, pero arrastrando muchos más; el saneador queda enterrado bajo ellos, salvando con su muerte la vida de los que por la galería han de circular...

XI

Una fecha cruel

febrero 1888[51].

* Publicado en El *Mundo, 26-8-1908,* con el título «El miedo en Riotinto. Una fecha terrible»; reimpreso por El *Motín, 29-4-1909.*

(51) El autor se refiere a uno de los episodios rriás trágicos de la historia de Riotinto, el de la sangrienta represión (le la protesta antihumista del año *1888,* conocido desde entonces en la mina como el «año de los tiros». Los humos procedentes de la calcinación de los minea·ales al aire libre por el procedimiento de las teleras (véase nota 46) dieron lugar a un movimiento de protesta en el que coincidieron tanto los propios mineros como los propietarios agrícolas de la zona. Los mineros perdían los jornales correspondientes a los días de «manta», en los que las emanaciones sulfurosas obligaban a suspender el trabajo, mientras que los agricultores, desposeídos ya de su poder político en beneficio de las comparnas mineras, veían cómo las calcinaciones afectaban al ganado, los pastos y el agua de sus propiedades. Las primeras denuncias tuvieron lugar ya en *1862* y darían lugar con el tiempo a la constitución de una «Liga Antihumista» por parte de los agricultores en la que los mineros vieron un instrumento de apoyo a sus reivindicaciones laborales frente a la Compañía. La manifestación convocada por ambos sectores el 4 de febrero de *1888* para lograr la prohibición de las calcinaciones por el Ayuntamietno de Riotinto (férreamente controlado por la Compañía) dio lugar a una sangrienta represión a cargo de tropas que estaban a las órdenes del Gobernador Civil, en la que murieron cuarenta y ocho personas según el recuento oficial y no trece, como quedó consignado en el Registro Civil de Riotinto al día siguiente, según indica el propio Ciges, quien recoge la creencia generalizada de la existencia de

Esta es la fecha terrible que se repite cien veces diarias y que pesa como una obsesión. Hasta los que no asistieron a ella la recuerdan con invencible temor, pues en fuerza de oírla repetir, la imaginación se la representa con todo su trágico vigor de traidora hecatombe. Quizás esta fecha no se revelase tan imponente en el recuerdo si de ella se hubiese hecho a tiempo un relato fidedigno; pero la verdad se disfrazó entonces; la opinión no pudo horrorizarse, y Riotinto sabe que si el caso llegase, la matanza se reproduciría fríamente, y la verdad volvería a callarse.

Fué cuando los humos de las teleras suscitaron tantas protestas. Las tropas ocupaban el centro de la población, y en torno de las tropas, millares y millares de manifestantes pululaban. Sin armas que esgrimir, sin piedras que arrojar, un estrujón de la gran muchedumbre hubiera bastado para aplastar a la fuerza armada. Pero los manifestantes no sentían intención agresiva ni sospechahan el lazo que se les tendía. Sólo querían demandar que cesasen los mortales humos que les quebrantaban el pecho y les obligaban a cerrar herméticamente todas las puertas y huecos de las casas cuando el manto gris descendía sobre el pueblo. Esto pedían aquellos millares de manifestantes... De pronto flota un ros en el aire, y las descargas resuenan. Ni siquiera respondían a una voz de mando. Un hombre que se descubre: señal convenida. La gente se sobrecoge y atropella. Las balas siguen cayendo sobre el montón

un alto número de muertes no contabilizadas por las autoridades. Sobre el episodio y el proceso previo roceso previo véase el imprescindible estudio de M° Dolores herrero Blanco, *Capitalismo minero V resistencia rural en el Sudoeste andaluz. Riotinto, /873-1900,* Huelva, Universidad de Huelva, 1998, Avery, op. cit., pp. 181-204, así como la síntesis de Peña Guerrero en *La provincia de Huelva..., pp. 113-130. El* episodio ha sido objeto del guión cinematográfico de Juan Cobos Wilkins y Manuel Garrido Palacios Los *dioses extranjeros,* Huelva, Caja Provincial de Ahorros de Huelva, 1989, y de las novelas de Rafael Moreno, 1888. *El Año de los Tiros,* Huelva, Diputación Provincial, 1998, y de Juan Cobos Wilkins, *El corazón de la tierra,* Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

informe. El parte oficial anunció a España quince muertos y veinticinco heridos.

¡Quince muertos y veinticinco heridos!... ¡Y fueron veinte los carros cargados de cadáveres que desfilaron por las calles camino del cementerio!

Sólo Riotinto contó la falta de trece hijos muertos y recogió veintitantos heridos. Los demás, hasta cargar veinte carros de muertos, pertenecían a esa heteróclita población de los grandes centros mineros: gente mal avenida con la justicia, desertores de presidio, habitantes de míseras regiones que huyen del hambre, recios portugueses que trabaJan sin cansancio. Con ser tantos, ninguno fué reconocido, nadie reclamó por su muerte, todos fueron en rnontón a las grandes fosas que les abrieron en el cementerio. Familias hay que al preguntarles por el marido o por el hijo, creen que están en Argelia o que emigraron aAmérica, y son polvo en el camposanto de Rlotinto.

El escarmiento fué tan duro, que su recuerdo sigue vivísimo después de veinte años. «La matanza del 88», «el 4 de febrero», así se designa aquella cruenta jornada.

La Compañía tuvo brien cuidado de que el terror ya no se extinguiese nunca. Los humos siguieron asfixiando, y nadie osó protestaren manifestación ni en la Prensa. Ochenta guardiñas bien armados de carabina y sable, más de doscientos guardas jurados armados de carabina y palo -unos cuatrocientos hombres en junto-, con su jefe, que es plaza montada, dan seguridad a la Empresa. ¡Y qué odio no inspiran estos sujetos! Ellos forman la alcahuetería organizada y armada. Cada uno de ellos es un tiranuelo con todo el orgullo que la ignorancia presta a los que ejercen mando, rara vez contrariado. La autoridad se les ha subido a la cabeza, y de ella usan y abusan con escasísima prudencia. Sus delaciones han costado bastantes expulsiones.

Muchos han sido mineros, y no hay minero traidor a sus compañeros y que disponga de algunas pesetas para sobornar al jefe, que pierda la esperanza de ingresar algún día en ese disfrazado

batallón, dispuesto siempre a reproducir, sin el concurso de los guardias civiles y de los soldados, la matanza del 4 de febrero... Y como muchos han sido mineros, tienen odios antiguos, rivalidades del oficio que ahora satisfacen, seguros de que la sinrazón que cometan no ha de repararla la Compañía por temor de quebrantar el principio de autoridad. ¡Que la injusticia se consume antes que desautorizar a un agente, y que el obrero aprenda a protestar! Así, por satisfacer una baja venganza, se ha dado el caso de entregar al juez un sujeto de esos a cierto enemigo suyo acusándole de haberse revuelto contra su autoridad. Inútilmente comparecieron algunos testigos, indignados de la felonía del agente, para declarar que sólo éste había sido provocador y maltratador del preso. El guarda había hablado, y sólo él fue oído.

Este hábito de obrar arbitrariamente da a sus palabras un tono seco, duro, imperativo, ineducado -tal el guarda que por dos veces me expulsó de las ruinas-, que hiere en lo íntimo y obliga a obedecer sin discutir la injusticia. Sólo algún minero borracho se atreve a discutir; pero entonces suenan los pitos; serenos, Orden público, guardas y guardiñas le rodean, le meten en la cárcel, le apalean, y al otro día una fuerte multa le priva del jornal de una semana. Si la protesta se reproduce, a la paliza y a la multa sigue la expulsión de la zona minera...

Con estos implacables tratos, todo es tranquilidad por fuera... Por dentro, la cólera arde en los pechos... Todos los días hay robo de dinamita en los trabajos de las minas. Parte de ella se vende; parte se guarda...'

(52) A los robos de dinamita se refiere asimismo Avery, quien cita en su estudio (p. 233) el siguiente informe interno, dirigido al director general y referido a un robo producido en fechas anteriores a una huelga «Asunto: IZairnundo Delgado Banda... En la mañana del pasado domingo, hacia las ocho y media, vestido para el trabajo, se le vio escabullirse de la mina Alfredo. Se le había visto subir en la jaula a las cinco y media de la mañana, por lo que el jefe de turnos le preguntó donde había estado todo ese tiempo. Dijo haber

olvidado su libreta [en la que se apuntaban las horas trabajadas por cada obrero] y haber bajado de nuevo a por ella... En la mañana del lunes, cuando los mineros fueron a trabajar, hallaron que se habían abierto sus cajones, sustrayéndose más de 30 kilos de dinamita, así como 5 o 6 cajas de detonadores. Se hizo un registro, hallándose la dinamita escondida en varios lugares del piso en que debía trabajar este sujeto durante la semana, sin duda con intenciones de sacarla afuera poco a poco».

X11*.

Las riendas de oro

- áblase del poder omnímodo que la Compañía de Riotinto ejerce en la dilatada región mi- nera, y un empleado dice:

- ¿Y cómo no, si su dinero a todas las esferas influyentes alcanza?... Sabemos que los gastos anuales de la Compañía se elevan a 150 millones de reales; pero no sabemos cuánto corresponde a ese mágico capítulo de subvenciones que tantas puertas abre y tantas bocas cierra... Los mismos ingenieros ingleses ignoran lo que se destina para cazar alimañas. Sábese que es mucho; pero sólo el director y el Consejo de Administración podrían decir la cifran.

Ese capítulo se lo representa la gente como algo terrible y misterioso. A él refiérese la ilimitada influencia de la Compañía. Es una fuente inagotable que satisface a los poderosos bribones, sedientos de oro. Si medio 12iotinto se hunde, al capítulo de gastos secretos atribuye la gente el que todos callen. Si el otro medio amenaza hundirse, a la misma secreta fuerza atribuye la paralización de las autoridades.

Quizás no haya sobre la tierra pueblo que más crea en la acción corruptora del dinero como IZiotinto. Seguramente que no

* publicado en El *Mundo, 27-8-1908,* con el título «La California del cobre. Las riendas de oro»; reimpreso por *El Motín, 6-5-1909.*

(53) Véase nota *9.*

hay otro más incrédulo en la eficacia de la virtud. Su resistencia es de naturaleza cuantitativa, y su límite no rebasa lo que la Compañía puede dar.

El profundo y burlón escepticismo de este pueblo contraría y ofende al que llega de otras zonas morales, y cree exagerado el poder de la empresa explotadora. Pero la ofensa primera se trueca en indefinible malestar cuando, siempre en tono resignado e irónico, van diciendo para justificar el enorme poder de estos despóticos amos: «Los consejeros, ¡si serán influyentes!, disfrutan sueldos de 25.000 duros anuales. Tal miembro de la familia real británica ha sido consejero. A tal Majestad le han rcgalado acciones liberadas; tal jefe de partido también las tiene. Para ahorrarse los pingües emolumentos asignados a buen golpe de políticos españoles, concedieron a tal otro dios mayor, árbitro de España, 40.000 duros anuales. Las Empresas tal y cual gozan de espléndidas subvenciones para calmar sus fáciles y temibles iras. Personajes secundarios, que pueden ser molestos, acuden a la caja de la Compañía en momentos de apuros económicos. Los gobernadores de lftuelva que no tengan empleado a algún hijo o pariente, será porque no habrán querido. La Compañía jamás les ha negado estas mercedes, y sus grandes oficinas están llenas de gente inútil, pero inamovible.

En tales condiciones, puede haberse hundido medio 12iotinto y amenazar ruina el otro medio, sin que nadie se atreva a molestar a la Empresa.

Así se explica la aversión que allí se siente por la autoridad. Sin duda inspira temor, mucho temor, pero su descrédito es absoluto. Autoridad es sinónimo de venalidad...

Véase el respeto con que hablan de ella:

Es media noche. En el tren-correo llega el gobernadora".

(54) El Gobernador Civil al que se refiere Ciges era Genaro González Rico, nombrado el 28 de Julio de 1907 anterior y que cesaría el 18 de octubre de 1908.

– ¿Se sabe a qué viene?-pregunto a un empleado de la estación.

Y con ese tonillo irónico que tanto hiere, me contesta:

- ¡Psch!... Vendrá como tantos otros; a que la Compañía le entregue quince mil o veinte mil pesetas.

- ¡Parece natural que tratándose de tan distinguido personaje, saliese el director a recibirle!

- ¡Bah!... Sabiendo a lo que esa gente viene, haría mal en molestarse.

Al otro día se habla de la visita en la mesa de la fonda, en el Círculo, en el Centro minero, donde los trabajadores beben, y en todas partes haciendo picantes alusiones al oro inglés.

Pues bien: aquel caballero investido de alta autoridad es amigo de un amigo mío, y por éste le conozco bastante para no creer en un culpable viaje.

Y cuando ya estoy bien informado sobre el móvil de éste, me permito replicar a un grupo que a mi lado hace en él café enojosos comentarios:

-Lla venido acompañando a un médico inuy conocido en Madrid que deseaba visitar estas curiosas minas.

Al ver que es un extraño quien les replica, parecen desconcertarse. Pero otro más audaz me contesta irónico:

- ¡Sin embargo, no habrá perdido el viaje!...

Es preciso que se haya abusado mucho para llegar a esta falta de confianza en los hombres. ¿Y cómo conservar la fe mirando lo que ocurre en torno?... No hay función política con su alternante juego de partidos que resulte tan ridícula como ésta de aquí. (fue suban los liberales o que manden los conservadores, alcalde de 1Ziotinto es el empleado que designa la Compañía para recibir instrucciones del director. Hoy es su contador. Los concejales, empleados son. El juez -un juez donde todos los días hay muertes o graves accidentes del trabajo- obra e instrumento suyo es. El minero que no vote al diputado que la Compañía propone al Gobierno para su encasillamiento, pierde el trabajo y ha de huir. El di-

putado actual sabe de cuestiones sociales, que interesan a un distrito como el suyo, todo lo que es compatible con un Yjjort-ancan que ha alcanzado premios en varios concursos de tiro ... I' Lo mismo puede decirse de los pueblos próximos... Jueces y alcaldes son los que la Compañía designa. Entre otras razones, ¿no perdió la dirección Mr. Cadyle, el nieto del gran escritor inglés, pop· obtener la Alcaldía de Nerva un enemigo de la Compañía, el rival de Zapata? Carlyle & Zcíj~cata: ya hablaremos de estos dos compadres`.

Los alcaldes de Real orden son secretarios del director, y sólo pueden hacer lo que él les ordene. Fácil es suponen · lo que les ordenará tratándose de una gran región minera donde cotidiana mente se vulneran las leyes y tantas cosas reprobables hay que solapar. 1 1 director ordena lo que ha de hacer el Ayuntamiento e inspira hasta los bandos públicos. Memorable debe sea· el que mostraba la satisfacción que había causado el alto ejemplo de disciplina dado por el pueblo de Riotinto no amotinándose ni protestando en otra forma cuando el hundimiento. Por meterse, hasta en los lugares más reservados se mete el representante de la Compañía. Que el forastero no busque en Riotinto el corral ni ese otro sitio que, por peregrino contraste, su propia suciedad puede denotar limpieza. Por razones de «higiene» los proscribió el director, y los dueños de casas tuvieron que suprimirlos.

Durante el día -y más aún durante la noche, sobre todo en estos calurosos estíos- las habitaciones trascienden, y no a rosas, y desde que el alba apunta hasta bien entrada la mañana, conviene no asomar a las calles y que las mujeres salgan en paz al campo para verter sus depósitos en otro gran depósito que la Compañía misma construyó al dictar su «higiénica» orden.

(55) Después de las elecciones del 21 de abril de 1907, el diputado del distrito de Valverde era el conservador José Tejero y González de Vizcaíno.
(56) Véase capítulo XVI.

Claro está que ésta no rezaba con las casas donde antes del hundimiento vivían ingleses. Algún privilegio habían de tener los dominadores.

X'II'I

El agua agria

or todas partes me encuentro, obligándome a huir, este hombre alto, seco, con cara de pocos amigos, que conocí en Extremadura y que hoy ejerce un temido cargo en la Compañías'.

Ahora sale de la Casa Grande, donde los ingleses tienen sus oficinas. Sin duda acaba de recibir órdenes del director. La pareja de guardiñas que hay a la puerta le saluda respetuosamente... ¿Me ha visto al doblar la esquina?

Por si acaso, apresuro la marcha tomando por una calle pendiente. Chiquillos harapientos juegan al toro y se asestan terribles estocadas. Con la prisa tropiezo en uno, que cae al suelo. Los demás se revuelven contra mí. El que hace de toro quiere darme una cornada; los demás abren gallardamente sus capotes y me invitan a embestir, o me amagan con las banderillas. Los mineros, que a las puertas de las casas juegan con viejos naipes, suspenden su tarea para reír ante el vistoso espectáculo. Una mujer grita a los menudos toreros:

- ¡Que puede ser un empleado!

Vuelvo la cabeza para conocer a la que grita, y lo que veo al comienzo de la calle es al terrible hombre alto, seco, que conocí

* Publicado en *El Mundo,* 30-8-1908, con el título «Detalles de Riotinto. El agua agria»; reimpreso por *El Motín,* 13-5-1909.

(57) Véase capítulo XVI.

en Extremadura, y del que cada momento he de huir para que no me reconozca. Su reconocimiento me valdría la expulsión.

Más que los chiquillos, me obliga él a apresurar el paso, pero los chiquillos siguen detrás.

- ¡Ay, el señorito!

- ¡Allá va el tío antiparras!...

- ¿Quiere una perra gorda para cortarse la barba?...

Las piedras bajan rodando. Vuelvo a mirar hacia atrás, y ya no veo al temible hombre alto, seco, con cara de pocos amigos; pero el grupo de muchachos ha aumentado...

Estoy ante un paso-nivel, y un letrero dice: «Se prohibe el paso.» ¿Retroceder?... Las piedras bajan zumbando.

Cruzo la vía, tomo por una senda y supero una altura. Los chiquillos se han quedado al otro lado del paso-nivel, y sus piedras ya no me llegan. Sólo nie llegan sus voces.

- ¡Baje, tío antiparras; bgje!...

- ¡Baje, tío antiparrillas, que le vamos a quemar la barba!...

Sigo marchando adelante, y la altura me oculta al grupo de muchachos. Cesan las voces. Cincuenta pasos más, y me paro con leve estremecianiento. El suelo está hundido. Una gran grieta negra, ancha, larga, interminable, tengo delante.

- ¿Esta es la que causó el hundimiento? Al otro lado de la grieta, a la sombra de una garita que se alza al borde de un abismo, fuma un guarda jurado, la carabina suspendida del hombro.

-Esa misma fue -me contesta.

Sigo con la vista la dirección de la grieta, y veo a lo lejos las calles de Riotinto hundidas:

Con cuidado paso al otro lado de la gran hendidura. El acto de adelantar un pie y luego el otro no es muy difícil ni implica peligro; pero la imaginación lo exagera en este momento, y terno que el monte cruja, que la grieta se ensanche, y como estoy sin confesar, que aquella negra boca se convierta en la boca enorme por donde el infierno me trague.

- ¿Y las otras grietas? pregunto al guarda.

– ¿Cuáles?

- Las que han de rematar las obras de ésta derribando lo que aun se encuentra firme en Riotinto.

- Esas están allí enfrente, y no pueden verse desde aquí.

- ¿Podré ir?...

- No se lo permitirán.

Lo sorprendente es que este hombre me permita estar aquí y que responda a mis preguntas. Sin duda es un guarda humano.

- ¿Y esos rumores profundos y ese hervir de calderas que suben del abismo?

- Son trenes que se acercan a la boca de la contramina.

- ¿Está ahí?

- Junto a esa parte del monte que limita los trabajos de la «corta»... ¡Si estuviese usted aquí a la hora del relevo!... Es una cosa muy curiosa. Abajo todo son tinieblas; los mineros van llegando con sus candiles y forman en círculo para pasar lista. Las luces, que temblequean en las sombras, parecen almas del otro mundo vagando en el fondo del precipicio... Cuando están todos; entran en la contramina. Los de adentro salen, y al poco, sólo se ve procesión de sombras en los alrededores, y luces que tiemblan, almas que huyen.

- ¿Es ahí bajo donde el cobre arde?

- No; a nuestra izquierda, en aquel recodo...

- Creo que este abismo no existía antes.

- Lo abrió la dinamita. Por aquí había un filón que ya se ha extraído hasta donde nosotros es- tamos. Ahora están cortando los montes de enfrente, y cuando hayan desaparecido, continuarán los trabajos por nuestra derecha.

- ¿Esa montaña también caerá?

-También al cerro de Salomón` lo harán volar... Fíjese bien en su altura... Si cuando los hombres empiecen la «corta» cae alguno, el salto será de trescientos metros.

(58) Uno de los cerros que conforman la cuenca de Riotinto.

– ¿Pero caerá?

- A más de cuatro les costará la vida.

- ¿Ha sido usted minero?

- Lo fui bastante tiempo. Mire las señas...

- ¿También ha sido víctima de algún accidente?

- (gracias a Dios me libré de todos. Pero los mineros de esta zona estamos bien marcados.

Mientras dice esto se levanta el pantalón. Después se descubre el pecho. Luego me muestra los brazos. Piernas, pecho y 'brazos -y, según asegura, mucho más la espalda- están llenos de redondas manchas negras, como botones de fuego.

- Y eso ¿qué es?

- El sello que en las carnes nos pone el agua agria, el agua que se filtra por las masas de cobre. Las galerías están rezumando; cada gota que nos cae encima es una chispa que abrasa la carnes'.

- ¿Y no pueden preservarse mejor?

- Imposible. El calor es horrible en las galerías; si no fuese por el agua agria, trabajaríamos en cueros. Nos cubrimos bien la cabeza con cascos de sombreros viejos, y nos ponemos un trajecillo de bayeta, que es muy a propósito para expulsar al agua. Aun así, ya ve cómo tengo el cuerpo. A veces encontramos en las galerías sitios que rezuman en abundancia, y figúrese cuando nos coge un

(59) Las úlceras provocadas por el agua agria eran descritas así por el médico titular de El Carpio de Córdoba, Eladio León y Castro, en *Un poco de Higiene y Patología mineras,* Madrid, De Bailly-Bailiere e Hijos, 1904, p. 2.3-24: «Son aguas casi todas ellas fuertemente mineralizadas (...) y son fuertemente ácidas también por fenómenos de disolución y reducción de las piritas; por cuyas circunstancias, muchos mineros que tienen necesidad de trabajar con los pies desnudos y metidos en agua, padecen dermatosis caracterizadas por pequeñas vesículas que, al reventarse, dan paso a un liquido cetrino, dejando pequeñas úlceras que, diseminadas por toda la parte puesta en contacto con el agua, se hacen rebeldes a todo tratamiento».

chorro... ¡El que tiene mala encarnadura se divierte, como hay Dios!...

- Peor lo pasarán los pies.

- ¡Mucho peor!... Hubo una época que no olvidarán los que trabajan en el agua. La Compañía, para proteger a un ladrón, exigía al minero que le comprase las botas de goma. Como nadie le hacía competencia y deseaba enriquecerse pronto, vendía botas detestables. Al poco tiempo, la goma estaba quemada, el agua abrasaba los pies, y los pies del minero eran llagas vivas. Hubo que hacer una huelga, y así terminó aquella explotación...

El curioso viajero también conoce los efectos del agua que, al pasar por el cobre, adquiere intenso verdor. Fue en un regajo que coge entre Riotinto y Nerva. No han tenido el cuidado de tender un puentecillo, y al quererlo cruzar, resbalo en las piedras... Total: un par de botas perdidas y una llaga en el pie derecho...

XIV"

El Aventino minero

on la matanza de 1888 se quiso infligir un rudo escarmiento en la muchedumbre protestante. Tan bien se realizó el designio, que el terror persiste al cabo de veinte años. Los que pregonan hoy la eficacia del mauser en la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo, pueden apuntarse en su favor aquella fecha sangrienta`. Los mineros de Riotinto ya no han osado exponerse al fuego de los fusiles; pero piensen bien en lo que hacen l os amigos de las cruentas represiones, porque los obreros se están aficionando demasiado a un arma peligrosa que manejan con singular maestría...

" Publicado en *El Mundo,* 2-9-1908, con el título `«Las huelgas en Riotinto. El Aventino minero»; reimpreso por El Socialista, 13-1-1909, y por El *Motín,* 25-5-1909.

(60) Alusión a la denominada «política del máuser» proclamada por Antonio Maura (Presidente entonces del Consejo de Ministros) como único método para la solución de los conflictos sociales.

(61) El conjunto del capítulo hace referencia a los indicios que percibe Ciges de una inminente reactivación del movimiento obrero en la zona después del período de desorganización y control por parte de la Compañía que sucede al «año de los tiros». Tras doce años de relativa ausencia de conflictos laborales, el progresivo endurecimiento de la Compañía en ese terreno a partir de la llegada de los directores William Carlyle (1900-1907) y Walter Browning (1908-1927) dará lugar, a partir de 1900, a una lenta recuperación

Cuando de tarde en tarde surge algún conflicto en Riotinto, la 1?mpresa explotadora telegrafía a Sevilla, y de Sevilla le contes- lan enviando en el primer tren buen golpe de fuerza para conser var el orden público. La tropa toma posesión del pueblo, y como el recuerdo de 1888 flota en la memoria, nadie perturba el sosiego, ni suenan gritos, ni se ven manifestantes... Las huelgas de aquel gran centro de trabajo no cuestan ya víctimas ni prisiones.

Son huelgas silenciosas, sombrías. El odio y la desesperación las inspira. Aunque las calles están en calma y los soldados se aburren, el terror se cierne sobre las cabezas. Una imprudencia, una temeridad, determinarían la catástrofe, que por su grandeza sólo tendría par en los cataclismos geológicos que derriban ciudades o en las cóleras divinas reveladas en los castigos de la Ei-

de las reivindicaciones obreras que se pondrá de manifiesto en las distintas huelgas parciales (por departamentos o minas específicas) que culminarán con la huelga general de 1913, con la que se abre una nueva época en el sindicalismo de la zona de las minas y cuya manifestación más importante habrá de ser la huelga general de 1920. Arenas Posadas, atribuye el fin del período de «particularismo» y el comienzo de la organización de los trabajadores a las consecuencias de la descompensación cíclica entre dividendos y retribuciones salariales, pero también a lo que denomina «efecto Browning» o «lucha de clases desde arriba» (pp. 248) iniciada tras la llegada (precisamente el día en que se producen los hrmdimientos de enero de 1908 narrados por Ciges) por el director Walter Browning, conocido como «el terremoto» (por haberse incorporado a la mina precisamente el día del hundimiento de 1908) y más tarde como «el rey de Huelva» (Véase Avery, op. cit., pp. 251-275), un proceso de radicalización que es, por otro lado, el que centra la mayor parte del libro de Félix Lunar. El relato de Ciges se sitúa en cierto modo al final de una época, anticipando, a la vez, otra de signo muy distinto en el terreno de las luchas obreras. Sobre las movilizaciones obreras entre 1888 y 1920 véanse Avery, op. cit., pp. 286-303, Luis Gil Varón, «Las luchas obreras...», pp. 131-141, Fernando Castro de Isidro, «Entre cobre y oro. Radicales y socialistas en la huelga general de Riotinto», *Historia Social, n°* 5, pp. 97-114; y Peña Guerrero, *La provincia de Huelva, pp.* 201-219.

blia... Los mineros se han retirado a su Aventino6', a los altos e inmediatos montes que aprisionan al pueblo, y amenazan con volar la mina y arrojar sobre Riotinto una lluvia peor que el fuego, porque es de dinamita... Que la tropa se mueva, y la gran tragedia es.

Véase cómo me habla aquel joven batallador y romántico que conocí en Huelva. Me habla, y sus ojos fulguran, y su frente se precia de violencia, y su voz retiembla de coraje:

- Vinieron los mineros a consultarme sobre la conveniencia de la huelga. «¿Cuántos estáis asociados?», les pregunté. «Seis mil», me dijeron. «¡Pues vámonos a Riotinto, y declaremos la huelga! Las mujeres y los niños se quedaron en el pueblo, y seis mil desesperados subieron a los montes que lo rodean. Cada uno era un depósito de explosivos. Llegó la tropa de Sevilla, y nada pudo hacer. Deseos no faltaron de lanzarla al asalto del Aventino; pero un cartucho de dinamita arrojado por un diestro minero es más terrible que cien cartuchos de fusil, y abajo se conocía la desesperada orden de volar galerías y de volar el pueblo si la tropa intentaba salir.

«A los días seguían las noches, y cada nueva mañana veía los montes coronados de mineros, cada vez más irritados y amenazadores por la resistencia de la Empresa... Un jefe de la fuerza dijo que deseaba hablarme, y subió donde yo estaba. Quiso que aconsejase a los huelguistas para que depusiesen su actitud. «¿Yo?, le

(62) Una de las siete colinas de Roma, situada en la orilla izquierda del Tíber. Una parte de la plebe se refugió en ella durante la revuelta contra el patriciado (494 a. J.C.). El autor parece referirse a este acontecimiento, en lugar de usar el significado de la frase «retirarse al Aventino» que habitualmente hace referencia a la ruptura de relaciones de un grupo político con el resto. En las fechas en las que fueron publicados los artículos, Ciges debía encontrarse ya preparando sus traducciones de Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones (le Grecia y Roma.* Madrid, Daniel Jorro, 1908; y G. Ferrero, *Grandeza y decadencia de Roma,* Madrid, 2 vols., Daniel Jorro, 1908-1909.

contesté atemorizado sólo en pensar lo que podría ocurrirme si le Nacía caso. «Pensarían que me había vendido a los ingleses, y no tengo ganas de morir despedazado... ¡Hábleles usted: mire un minero que nos observa desde aquel risco! Diríjase a él; pero con cuidado, que pudiera lastimarle... « El jefe quiso acercársele, y el nunero le gritó iracundo: «¡Este es el primero, y aún me quedan once: si da tan paso más, baja a Riotinto volando!» *Este* era el cartucho de dinamita que iba a arrojarle... El jefe tuvo que retroceder, y creyendo que yo los excitaba, quiso prenderme... Del monte empezaron a bajar hombres, brincando como fieras, gritando blasfemias y amenazas... Mi aprehensor tuvo que huir... ¡La huelga terminó concediendo la Compañía lo que los mineros demandaban!...»

Las demás huelgas han revestido los mismos caracteres y ternunado de análoga manera. El minero ha vencido siempre".

l, Y después?

Después, la astucia patronal ha logrado lo que la fuerza no ludo. Primero uno, después otro, y luego todos los demás, han ido saliendo de la zona minera los obreros de algún prestigio entre sus compañeros. Las Asociaciones, privadas de sus más activos rnantenedores, han ido disolviéndose, y los espías aumentan-(lo. Algunos mineros calculan. en 4.000 ó 5.000 los hombres encargados de informar al director de lo que se habla o proyecta en las minas. De tiempo en tiempo aparece un trabajador audaz que ;aconseja la reorganización de las huestes proletarias; pero la expulsión, si es verdaderamente enérgico, o el dinero de la Compañía, si es blando, lo reduce a la impotencia. Ejemplo del primer caso es un tal Ojeda, expulsado violentamente de las minas; y del segundo, el fundador de un periodiquillo exaltado, que con un tenderete que ha abierto en Nerva y con 25 duros mensuales que

(63) El anónimo confidente de Ciges podría referirse a cualquiera de las huelgas que se dan entre 1900 y 1903 y a las que aluden Avery, op. cit., pp. 286-288, y Gil Varón, op. cit., pp. 138-140.

le da la Compañía para que no renueve sus campañas, pasa lo menos mal posible los días de esta pícara existencia[64].

Hoy no queda rastro de organización. Celebrar un mitin es imposible, y aunque los oradores fueran de lejos y pudieran entrar en Riotinto, no encontrarían local, ni dándolo al aire libre se atrevería nadie a escucharles... Cooperativas, Sociedades de socorros mutuos es fácil fundarlas, y hasta les ofrece la Compañía locales a bajo alquiler; pero Sociedades de resistencia, imposible. Tabernas, cuantas quieran; organización, ninguna.

- ¡Ni nos hace falta! -dicen ya los hombres enérgicos cuando alguien se la aconseja-. Estamos rodeados de espías, y el director expulsaría entre «guardiñas» a los que se asociasen.

Para estos hombres ha pasado el tiempo de esos trabajos que demandan tiempo y amparo de las leyes. Hoy sólo creen en la eficacia de la violencia. Aislados viven; a sus trabajos van, y en sus casas se meten luego. Pero no se resignan; cada uno sabe de quién ha de sospechar y con quién podrá entenderse en la hora del desquite. Mientras las «cortas» no arrasen los montes que rodean a Riotinto, aquellos montes son su Aventino y su postrer refugio. Las «cortas» no han hecho hasta ahora más que escarparlo y dejarlo inaccesible para el enemigo. ¡Y tantas iniquidades se consuman a sabiendas de los gobernantes en aquel rincón de España, que, aunque yo no lo espere, tampoco me sorprendería, si en una hora de ira se transformaba el Aventino en un tempestuoso Sinaí de donde bajaran los rayos!...

(64) El perfil parece coincidir con el de Manuel Navarro, propietario de una taberna en Nerva y fundador del periódico *La Marsellesa,* convertido más tarde en *La Frontera* a instancias de Félix Lunar, quien hace alusión al personaje en su autobiografía (pp. 213), donde, sin embargo, lo presenta como objeto de la persecución de la Compañía.

XV°:

Las fraguas de Vulcan®[65]

on las seis y media de la tarde. El sol todavía reverberará buen rato en las cristalerías de Bellas Vistas, donde los ingleses tienen sus lindas e higiénicas viviendas; pero en Riotinto, ceñido de tajados montes, la luz se degrada dulcemente y un largo crepúsculo comienza.

Es la hora en que terminan los trabajos diurnos. Las rumorosas oficinas se quedan vacías. Las locomotoras huyen sueltas y ya no retornan. Los férreos vagones que durante el día han alarmado sin cesar, forman ahora largas filas inmóviles en los bancos de las «cortas» o en los sitios donde los sorprendió las seis y media. Las paleras también yacen inmóviles, apuntando al cielo con sus largos brazos rígidos acostumbrados a levantar triunfantes toneladas de peso. Los barrenos ya no detonan sacudiendo y haciendo gemir a la tierra... En los lugares circunvecinos donde antes era todo actividad y pena, reina ahora el silencio y el reposo; y Riotinto,

* publicado en *El Mundo,* 4-9-1908, con el titulo «De Riotinto a Nerva. Las fundiciones y los hornos»; reimpreso por *El Socialista,* 13-1-1909, y por *El Motín,* 27-5-1909.

(65) El mismo año de la aparición de Los *vencidos* como libro, Ciges publicó asimismo la traducción de Alexandre Moreau de Jonnés, Los *tiempos mitológicos. Ensayo de reconstitución histórica.* Madrid, Daniel Jorro, 1910.

desierto durante el día, se anima a esta hora suave. Pero su animación no es tumultuosa. Los mineros aún están cansados; todavía son muchos los que vuelven lentamente de sus faenas, y los que ya se han lavado y quitado los harapos que llevaron en las galerías, se reposan jugando al tute en las puertas de las casas. Algunos beben aguardiente; los más beben gaseosa.

También es sábado.

El descanso durará hasta el lunes. Sólo en las terribles fundiciones la gente seguirá afanándose en estas treinta y seis horas de sosiego. Hasta los hombres cobrizos, que a la luz vacilante de los candiles excavan y sudan sangre noche y día en los senos de la tierra, no volverán el domingo a sus negros antros.

Pueblo de trabajo duro en que todo se hace al vuelo, la calma del domingo adultera el carácter y la fisonomía de Riotinto. El que no es trabajador activo se aburre y bosteza, y tiene que huir a Nerva.

®*mnia mea mecum porto.* Y como todo el equipaje lo llevo encima, tomo a pie el camino de Nerva, procurando acercarme cuanto puedo a la fundición Eessemer. La otra, la de pirita, está en lo alto del monte, y en él también las robustas y atrevidas chimeneas que lanzan sus mortales humos a los cuatro puntos del horizonte, dejando rasos los campos. En cinco leguas a la redonda, la agricultura ha muerto y los campos están yermos`. Al fin del monte, junto a la víaférrea, se yergue la fundición de Eessemer, y aunque está bien guardada, basta pasar al lado para presentir su medroso interior. Es como las fraguas de Vulcano o como un rin-

(66) Con la reducción de la calcinación al aire libre, la Compañía construyó dos plantas de fundiciones; la de los convertidores Bessemer-denominada así por el inventor del proceso, Sir Henry Bessemer (1813-1898), se inaugu ró en noviembre de 1901, mientras que la de calcinación de piritas (edificada, como señala Ciges, sobre una elevación del terreno) lo fue en 1907. Véase Arenas Posadas, op. cit., pp.85-86.

eón en el reino de Plutón[67]. El ruido ensordece; por los abiertos ventanales salen grandes soplos caliginosos, y allá en el fondo se retuercen gigantescas masas de llamas. Cuando la noche envuelve al mundo, la fundición se revela fantástica, ígnea toda. Este es el lugar más angustioso de Riotinto. Yo he estado largo tiempo preso, y preferiría el presidio a trabajar junto a estas masas de llamas y de cobre en fusión". Si tuviese que trabajar, bajaría a la contramina, me desriñonaría en la «corta», andaría entre los trenes y brincaría de vagón en vagón.

En estos trabajos es fácil perder la vida; pero hay muchos que la conservan. En la fundición del cobre todos mueren pronto. El hombre se consume rápidamente aspirando los espesos gases; pier de el color, se consume, el pecho no puede hacer de incansable fuelle, la tisis acude galopando. En la «corta» y en la contramina se suele morir aplastado por un liso o despedazado por un barreno, y la Compañía tiene que indemnizar a los padres, a la esposa o a los hijos del muerto. (Si los padres no reclaman o el muerto no estaba legalmente casado -como suele suceder en la mitad de los casos-, la Compañía no paga.) Los obreros de la fundición mueren de enfermedad, y la poderosa Empresa a nadie tiene que indemnizar. Sólo de tarde en tarde sobreviene el accidente. Por ejemplo, éste, ocurrido el mismo día en que se inauguró la fundición: un obrero cayó en la caldera donde se fundía el cobre, y él también se fundió. Quizás la moneda de cinco céntimos que el lector lleve algún día en el bolsillo vaya aleada con una partícula del obrero...

(67) La vinculación alegórica de Plutón a la minería se manifestaba ya en el nombre del minero protagonista de La *aldea perdida* (1903), de Armando Palacio Valdés.

(68) Alusión al episodio de la prisión del autor en la prisión de La Cabaña (Cuba) entre 1897 y 1899, relatado por el autor en las *Impresiones de La Cabaña (Memorias de veintiocho meses),* que aparecieron publicadas en tre 1899 y 1900 como folletón de *Vida Nueva* y que constituirían tnás tarde el núcleo de El *libro de la vida trágica. Del cautiverio* (1903), primera entrega de Los *cuatro libros.*

Detrás se queda la fundición, y yo prosigo mi camino saltando regajos de agua verde-el agita agria que tanto aprecia la Compañía por los buenos rendimientos que le produce, y tan temida por los mineros porque les abrasa las carnes-. Ya lo he dicho: en uno de estos regajos es donde sentí este anochecido en el pie derecho el mordisco de las aguas'.

`podo el camino que recorro estuvo antes lleno de teleras. Aquí se calcinaba al aire libre el mineral de cobre... Cuando el aire soplaba hacia Riotinto, los humos caían sobre él, suscitando toses y quebrantando pechos. Cuando soplaba en dirección de Nerva, sobre ella caía el manto negro. Esta es la dirección que ahora mismo lleva. Aunque las chimeneas de las fundiciones lancen altos los humos, siento sabor de azufre y picazón en la garganta...

El hombre alto, seco, mal encarado, que tantas veces vi en Riotínto, pasa a in¡ lado montado en un trotón. Como vivía en Nerva cuando yo le conocí, en llegando a Nerva hablaré de él.

Ya voy entrando... El humo sulfuroso baja lentamente sobre el pueblo y lo envuelve como ligera neblina.

(69) El autor se refiere a la explotación por parte de la Compañía del cobre disuelto en el agua, obtenido como resultado de su precipitación al contacto con el hierro.

XVI

Un director y un alcalde

ace seis años iba yo por Extremadura en representación de ILIL un periódico de Madrid, y en Fregenal me encontré con el hombre alto, seco, del que tantas veces he huido en Riotinto. Nos presentó un marqués, campechano y gran bebedor'`.

- ¡Ya ve usted! -me decía-. Ninguno le hacíamos caso aquí; era un pobre zapatero remendón. Luego se marchó por el mundo en busca de fortuna, y gracias a su talento es alcalde de Nerva".

Y el buen marqués se admiraba de que el antiguo remendón hubiese llegado tan alto como él en la carrera política.

El alcalde de Nerva aún conservaba su prístina tosquedad de formas; pero era listo, insinuante, y en sus ojos chispeaba la astucia. Quiso llevarme a Nerva para que viese su obra administrati-

Publicado en El Mundo, 7-9-1908, con el título «Riotinto-Nerva. Un director y un alcalde»; reimpreso por El Socialista, 22-1-1909, y por El Motín, 3-6-1909.

(70) Alusión al reportaje «Por Extremadura» publicado en El País en tres entregas, «Azuaga» (2-6-1903), «Un triunvirato» (7-6-1903) y «El capitán sublevado» (13-6-1903)

(71) Segundo Masero Zapata, nacido en Segura de León, localidad próxima a Fregenal de la Sierra (Badajoz), fue alcalde de Nerva entre 1902 y 1905. Estuvo en la nómina de la Compañía hasta su fallecimiento en Sevilla en 1939. Agradezco la información a Rafael Fernández Díaz y Francisco Román González, del Ayuntamiento de Nerva.

va, obra ejemplar de un modesto hijo del trabajo, elevado a la Alcaldía por expresa voluntad del pueblo, de aquel enjambre de mineros que contemplaban en él a uno de los suyos... El tiempo lo tenía yo muy tasado, y no podía acompañarle.

El hombre alto, seco, lo deploró. Yo hubiese podido confirmar lo que algunos días antes había visto el Sr. Menéndez Pallarés en un viaje profesional. Nerva era un modelo de buena administración: los fondos rebosaban de las arcas municipales; eran muchas las obras públicas que este excelente alcalde había realizado, y muchas más las que estaba a punto de realizar. Él había muerto y sepultado al caciquismo en la grande y activa villa y... ¡qué sé yo! ... Sólo sé que, encantado con aquel mirlo blanco, toqué el parche en su honor.

Al terminar el viaje y volver a Madrid me dijeron en el periódico que mi artículo produjo detestable efecto en Nerva. Las cartas de protesta llegaron a granel. Todo lo que yo había dicho era falso. El alcalde no era un trabajador, sino un agente y empleado de la Compañía de Riotinto; el cargo público no se lo debía al pueblo, sino al director de las minas, que le quería tanto como le detestaban los mineros. Queríale aquél y le odiaban éstos por ser un activo portador de chismes. ¡Y si fuesen chismes de comadres! Pero hacían daño, porque eran denuncias de unos, recomendaciones de otros para ejercer la alcahuetería...

Como ahora estoy a punto de abandonar el dominio inglés y ya no es preciso que oculte mi condición, recuerdo en Nerva que yo fui el autor de aquel antiguo artículo. El conserje del establecimiento donde tomo café se santigua y ríe:

- ¡Buena lata tuve que aguantar por el dichoso artículo! «¡No lo pierdas; guárdalo bien», me decía el alcalde. Y cuando llegaba algún forastero o alguna persona de viso en Riotinto, me ordenaba con indolencia: «¡Mira, saca ese papel!» Y dirigiéndose al extraño, añadía: «Es un articulillo en el que hablan de mi gestión como alcalde... Yo no sé cómo han podido informarse; no he estado en Madrid; ni siquiera estaba en Nerva cuando se publicó.

¿Conoce usted a ese señor que lo firma? Yo nunca le he oído nombrar... Decididamente, estos periodistas son el mismo demonio... ¿Cómo podía figurarme que me conociesen en Madrid?» Y el conserje termina:

- Cuatro o cinco meses guardé el periódico. Deshecho ya en fuerza de manosearlo, el alcalde tuvo que renunciar al placer de que el forastero lo leyese.

Este alcalde fue el protegido de Mr. Carlyle, de triste recordación. Pensando en él y en su nefasta obra, se recuerda por contraste a su ilustre abuelo, el puro escritor inglés que consumió su vida celebrando en alto estilo todo lo noble'[72]. En el nieto encarnó el genio de la codicia y el triunfo de la materia, matando al espíritu que vitalizó el Sartor *Resartus* de Tomás. El deseo de justificar ante la Compañía sus ansias de oro le llevó a aumentar los beneficios de ésta a poco coste; arrancando las ricas pilastras de cobre que sustentaban en el aire las galerías de Riotinto. La galería de San Dionisio hundida con riesgo de aplastar a dos mil hombres, el hundimiento de medio pueblo y el próximo del otro medio, son la obra de Carlyle el Pequeño.

Su ineptitud le costó a este antiguo profesor de Geología el cargo de director. Su último fracaso fue perder la alcaldía de Nerva, y la Compañía no puede permitir que ningún cargo público en Riotinto ni en los alrededores lo ejerza el que no dependa directamente de ella. ¿Quién fué el protector del nuevo alcalde? Alguien dice que ftie un prelado. Lo cierto es que Mr. Carlyle se descuidó, y la Compañía tuvo que enviar a Riotinto un director más apto y diligente'.

¿Y mi antiguo amigo de Fregenal? Su sucesor como alcalde no tuvo piedad; hiló delgado, y el que se me presentó como mo-

(72) Alusión a William Carlyle, General Manager de Riotinto entre 1900 y 1907 y nieto de Thomas Carlyle (1795-1881), autor entre otras obras de *Sartor Resartus* (1833), sobre su conversión religiosa.

(73) Walter Browning, director entre 1908 y 1927.

delo de administradores fué procesado por malversador de fondos... Derrotado, denostado, mal querido y sin el sostén de Carlyle, tuvo que huir de Nerva y refugiarse en Riotinto...

Pero fue siempre un fiel servidor de la Compañía y, como todo el que obra bien recibe premio de sus amos, el hombre seco ha mejorado bastante. Hoy tiene pingüe sueldo, caballo, casa gratis. Es el jefe de guardias y «guardiñas»... Cuatrocientos hombres le saludan militarmente cuando pasa sonando las espuelas.

XVII*

El esclavo suelto

¡ el principio de autoridad ofende y se hace odioso en Riotinto por injusto y tiránico, en Nerva irrita por caricaturesco y blando. El esclavo está bien sujeto donde la seca figura del inglés se halla presente; dos kilómetros a la derecha anda suelto y desbridado`.

Hace un cuarto de siglo era Nerva una aldehuela dependiente de Riotinto. Hoy es una villa de 20.000 habitantes". Hay un centenar de propietarios -propietarios de casas, que los campos pertenecen a las minas, y los humos dejáronlos pelados de vegetación-. Este centenar de propietarios y algunos más de comerciantes e industriales forman la clase semiindependiente. El resto de la población se compone de mineros.

Publicado en El *Mundo, 10-9-1908,* con el título «Los dos extremos. Riotinto-Nerva»; reimpreso por El *Socialista, 22-1-1909, y* por El *Motín, 10-6-1909.*

(74) Tal como advierte Ciges, el perfil sociológico y cultural del Nerva difería notablemente del de Riotinto. Arenas Posadas (op. p. *2111)* explica las diferencias en función del origen de Nerva como campamento minero excluido de la zona de protección de la Compañía, con una economía más diversificada y una importante presencia de trabajadores de otras minas.

(75) Nerva era, en realidad, aldea de Zalamea la Real con la denominación de «Aldea de Río Tinto» Su creación como municipio independiente fue establecida por Real Orden de 10 de Julio de *1885,*

Si todos no, llegan a dos o tres millares los que pasean por la calle central cuando entro en Nerva. Todos los días, al terminar la faena, el minero se lava, se pone su mejor ropa y se lanza a esta larga vía decidido a gastarse alegre o torvamente el vale de diez reales que la Compañía le entrega. En el centro de la calle hay una plaza, y en ella un tablado donde toca la música. También son mineros los que tocan, y no es cosa de pedir a sus callosos dedos primores de ejecución. Las mesas que los cafés instalan en esta plaza están todas ocupadas, y llenos de gente están los numerosos establecimientos de bebidas que hay en la calle...

De pronto, cuando aun no he dado treinta pasos entre la gran muchedumbre circulante, oigo voces roncas, suena una hermosa bofetada, y el que la recibe está a punto de caer... Brilla un revólver... Algunos hombres rodean a los contendientes, forcejeando por quitarles las armas. Entretanto la muchedumbre se empuja, se estruja, arremolina y cae, pretendiendo huir. Sabe por larga experiencia que estos mineros son poco aficionados al arma blanca, que sus revólveres son malos, sus pulsos inseguros por el alcohol, y que el proyectil raras veces toca en su blanco y casi siempre hiere en la masa movediza de los viandantes.

Cuando la calma empieza a restablecerse, el público grita en son de burla:

-¡Y los guardias! ¿Dónde están esos tumbones?

Los guardias, que estaban a cincuenta pasos oyendo la música en la plaza, acuden ahora trotando y con la mano puesta en los sables. Aún tienen tiempo de detener a uno; el otro se ha marchado, y nadie se preocupará en buscarle.

La gente reanuda el paseo, y antes de llegar al término de la calle observo nuevas carreras. ¡Otra riña! Como estos hombres nada tienen que hacer hasta tornar a la mina, pasan el tiempo riñendo. Un alcalde también pasa, apoyándose ufano en su bastón de mando. Con él vienen algunos municipales. Los mineros miran esquivos a la autoridad; algunos dicen: «¡Vámonos, que pueden cachearnos!», y se alejan por las calles próximas.

Empiezo a desandar lo andado, y en medio de la carrera se agolpa la gente. ¿Otra riña? No; la riña es ahora en una de las calles adyacentes. Por ella bajan gritos desolados de mujeres, y una voz que implora: « ¡Pronto, vengan pronto, que la mata! » (-lacia allí se encamina con grave paso el señor alcalde, y algo más ligeros los municipales. Cuando llegan, dan recios golpes en la puerta:

-Abran pronto a la autoridad...

Y de adentro sale una voz robusta:

- ¡No quiero!

Los golpes siguen resonando, y la autoridad mandando:

- Abran pronto.

Y de adentro replica la voz robusta:

- Conozco bien mis derechos, y no abriré sin mandamiento judicial.

El señor alcalde y sus agentes dan media vuelta y se retiran tranquilos.

En la calle, animada, sigue engrosando el grupo. Un minero que lo capitanea habla recio; pero como la gente es mucha, no le oigo. El grupo se pone en marcha calle abajo, con aire de solemne y ordenada manifestación.

- ¿Dónde van?- pregunto.

- A pedir la libertad de uno que riñó hace poco.

Ni más ni menos que si se tratase de algún orador que en el mitin se le calentó la boca.

Los manifestantes no debieron de encontrar al señor alcalde, harto ocupado en velar por la tranquilidad de la villa, y si le encontraron, sus gestiones fueron ineficaces. La cárcel está frente a la fonda, y el simpático borracho se pasó la noche dándome serenata. Unas horas le daba por golpear la puerta de su encierro, y las patadas eran tales, que debían resonar en el confín del pueblo; otras horas dábale la ventolera por bailar tangos y requebrarse él mismo; luego lloraba arnargamente su desventura; después insultaba al carcelero y a toda su distinguida familia. Con el nuevo día

cesaron las patadas, los llantos y las voces. ¿Se cansó él o me dormí yo?

Al despertar eran las tres. Tenía el tiempo necesario de comer a la ligera y dirigirme a la plaza, donde una cuadrilla de hercúleos mineros iba a martirizar dos novillos. Antes de empezar la fun ción, las pendencias comenzaron en el tendido de sol. Bofetadas, puntapiés, palos secos. Las mujeres se alarmaron, y muchas tuvieron que huir al ver los revólveres. Los municipales detuvieron al que en la refriega llevaba la peor parte, y los demás siguieron discutiendo, apostrofándose, desgarrándose las ropas y de cuando en cuando asestándose puñetazos que valían por doblones.

El único detenido subió con la pareja a la presidencia cuando el primer novillo salía del toril.

- ¡Esto no es justo, señor alcalde!- gritaba el borracho -¡Tres palos me ha pegado y tengo que devolverle *seis!*

Y el señor alcalde le decía muy grave:

- ¡Firme, por haber reñido!

- Protesto. Yo no reñía: era con un amigo mío... ¡Mírelos allí riñendo»... Yo me metí en medio, y el otro me pegó tres palos que aún me duelen ¡11n tiro voy a pegarle!

Y como el borracho hacia intención de irse, el señor alcalde ordenó al alguacil que le tuviese a su lado.

- ¡Tres palos! -seguía diciendo a su guardián-. ¡A un hombre como yo no se le deben de pegar tres palos!

El alguacil no le oía por interesarle más las peripecias de la lidia; pero el otro no se resignaba a callar, y bajó algunas gradas para contarle a un amigo que le habían pegado tres palos. Al notar su ausencia, el alguacil empezó a llamarle paternalmente:

- ¡Muchacho, ven acá, muchacho!... ¿Pero no oyes lo que te digo, muchacho?...

Alguien le dijo que el muchacho se llamaba José. .

- ¡José!... ¡Joseíilo!... ¿Estás sordo, José?

El alguacil volvió a distraerse viendo cómo remataba la lucha entre un minero y el novillo. El animal resistía heroicamente, su-

jeto por los cuernos; el otro animal hizo un supremo esfuerzo, lo levantó de patillas y lo derribó en el suelo. Al terminar la ovación, el alguacil llamó a José. El muchacho había huido. Yo también huí por la puerta próxima.

XVIII"

Últimas impresiones

n Nerva he oído hablar de la Compañía de Riotinto; de Rothschild", que explota algunas minas; de los alemanes, que son dueños de otras. Pero nada he oído de Rochette y las suyas. Hace algún tiempo, Rochette fué hombre de gran actualidad, y Nerva se leía en todos los periódicos del mundo... ¿Porqué no se habla de Rochette en Nerva?"

Publicado en *El Mundo, 13-9-1908,* con el título «Riotinto-Nerva. Final de un viaje»; reimpreso por El *Socialista, 22-1-1909, y* por *El Motín, 17-6-1909.*

(76) En *1889,* la banca Rothschild se convirtió en el principal accionista de la Compañía, haciéndose de ese modo con un nuevo centro minero de importancia después de su control de Almadén y de la minería de la zona de Pueblo Nuevo del Terrible a través de la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya.

(77) Ciges hace alusión al fundador del Banco Franco-Español, vinculado al Crédit Minier et Industriel y constituido en *1906* con el objeto de promover empresas mineras, como las Minas de Cobre de Nerva (fundadas ese mismo año), las Hulleras de Laviana-Oviedo o las Minas del Valle de Arán. Sobre las empresas mineras francesas véase la relación de pequeñas compañías mineras que hace Sebastián Coll Martín, «Las empresas mineras del Sudoeste español, *1850-1914»,* en Gozalo Anes, Luis Ángel Rojo y Pedro Tedde eds., *Historia económica y pensamiento social,* Madrid, Alianza Editorial/Banco de España, *1983, pp. 418-424.*

Esta pregunta me la hago mientras tomo café... Luego iré a la estación para tomar el tren y marcharme lejos a escribir estas impresiones.

- ¿Por qué no se habla en Nerva de Rochette? -pregunto a los dos amigos que me acompañan.

- ¡Rochette! ... ¿Por qué se ha de hablar?

- Tiene minas ...

- ¡Pchs!...

- ¿No tiene minas Rochette?...

- ¡Bah! ¡Eso no vale nada!...

- ¡Tanto como se han decantado!

- Artes de Rochette para engañar al prójimo. Riotinto, Rothschild, los alemanes tomaron posesión de lo bueno. Al otro sólo quedó la escoria. Bajas están las acciones, y aún valen menos. Aquí difícilmente habría quien las tornase de balde.

- Pero, ¿tan poco valen?

-*La Chaparrila* es estimable, y con lo que ella rinde se pagan los gastos de las otras: San *Platón, Fe o Caridad ..."* Esas y todas las demás no valen nada.

- Pues creo que se han repartido dividendos.

- Sí; con los ingresos de las últimas emisiones. El desastre no tardará en llegar.

Y ya camino de la estación, me dice un acompañante:

-Rochette ha imitado a los gitanos, que, para seducir al comprador, enjaezan vistosamente a sus pollinos. Luego se les quita la albarda y sólo queda un puñado de huesos cubiertos de lacerias. ¡Si visitase usted una de sus minas, la encargada de cazar incautos!... ¡Qué malacate` han montado!... ¿Quién no suelta el dinero viendo aquello?... Sólo que el malacate vale más que la mina...

(78) Minas situadas en los proximidades de Zalatnea la Real y Nerva

(79) Mecanismo para la evacuación de mineral y agua desde el interior de la mina.

X

El tren se pone en marcha.

Cuando me retiro de la ventanilla, un grupo de mineros está discutiendo:

- Los castellanos...

- Los andaluces...

Oigo decir, sin saber de lo que tratan.

- Los castellanos...

- Los andaluces...

Repiten con insistencia.

Un vejete decide:

- No os canséis, muchachos. En tratándose de trabajar, los portugueses nos ganan a todos.

- ¡Es verdad! -dicen unos.

- ¡Qué brutos! -dicen otros.

Al oír este dulce requiebro, pregunto:

- ¿Por qué son brutos?

Y un mozo fornido me contesta:

-Eso no es trabajar, sino matarse. Entre los portugueses ocurre el mayor número de accidentes, con mucho gusto de la Compañía, pues aunque en Riotinto tengan cónsul, sus familias suelen no reclamar y los ingleses se ahorran las indemnizaciones... Sí, señor; los portugueses acuden en grupos de amigos, y en grupos trabajan. La Compañía los conoce, y no les fija jornal. «¡Tanto dinero por tantos metros cúbicos!», les dice. Y aquellos gigantones trabajan día y noche, con las manos, con los pies, con la cabeza, sin conocer el cansancio, sin darse cuenta del peligro, deseando derribar moles y cobrar pronto su dinero. Como trabajan con rabia y son inexpertos en el oficio, frecuentemente quedan sepultados por grupos. A veces se agarran a brazo partido con los bloques que amenazan rodar, se llaman, se alientan: « i Firmes por este lado!; ¡aprieta tú por allí!... ¡Que se hunde, que se hunde!» En su afán de contener el bloque, cierran los dientes,

arriman la cabeza y, como es natural, suele ser la cabeza quien sale perdiendo.

El tren se para en Riotintol°.

La tarde va cayendo.

hierva, Riotinto, playa, la vasta región minera que el Estado español vendió por la insignificante suma de 93 millones mal contados, se va quedando detrás". El tren hace largas paradas en las estaciones para dejar paso a los que vienen de Huelva de transportar mineral. Parejas de «guardiñas» y hombres mutilados es lo que el viajero ve en estas silenciosas estaciones. Lo que se ve cuando el tren corre bramando son campos desolados, peñas cortadas, el río... ! Este viejo río, quieto, denso, luctuoso, es el Tinto. Si el viajero no supiese que su color lo debe al cobre, podría creer que su sombría masa era de sangre, la sangre derramada por tantos millares de hombres, que se ha ido depositando en su ancho cauce.

(80) La presencia de trabajadores inmigrantes en las minas de Riotinto ha sido estudiada, entre otros, por Luis Gil Varón (*Minería y migraciones...),* quien divide a la los trabajadores inmigrante en tres grupos de procedencia: Andalucía y Extremadura, Noroeste de España (Zarnora y Orense principalmente) y Algarve portugués. Según Arenas Posadas (op. cit, p. 118) entre 1905 y 1912 trabajaron en Riotinto 1.799 obreros portugueses.

(8I) La venta fue decretada el 14 de febrero de 1873 por el presidente de la 1 República, Estanislao Figueras, en 92.756.592 pesetas. Véase M. Flores Caballero, La *venta de las minas de Riotinto,* Huelva, Instituto de Estudios Onubenses, 1981.

II.

LA CIUDAD DOLIENTE